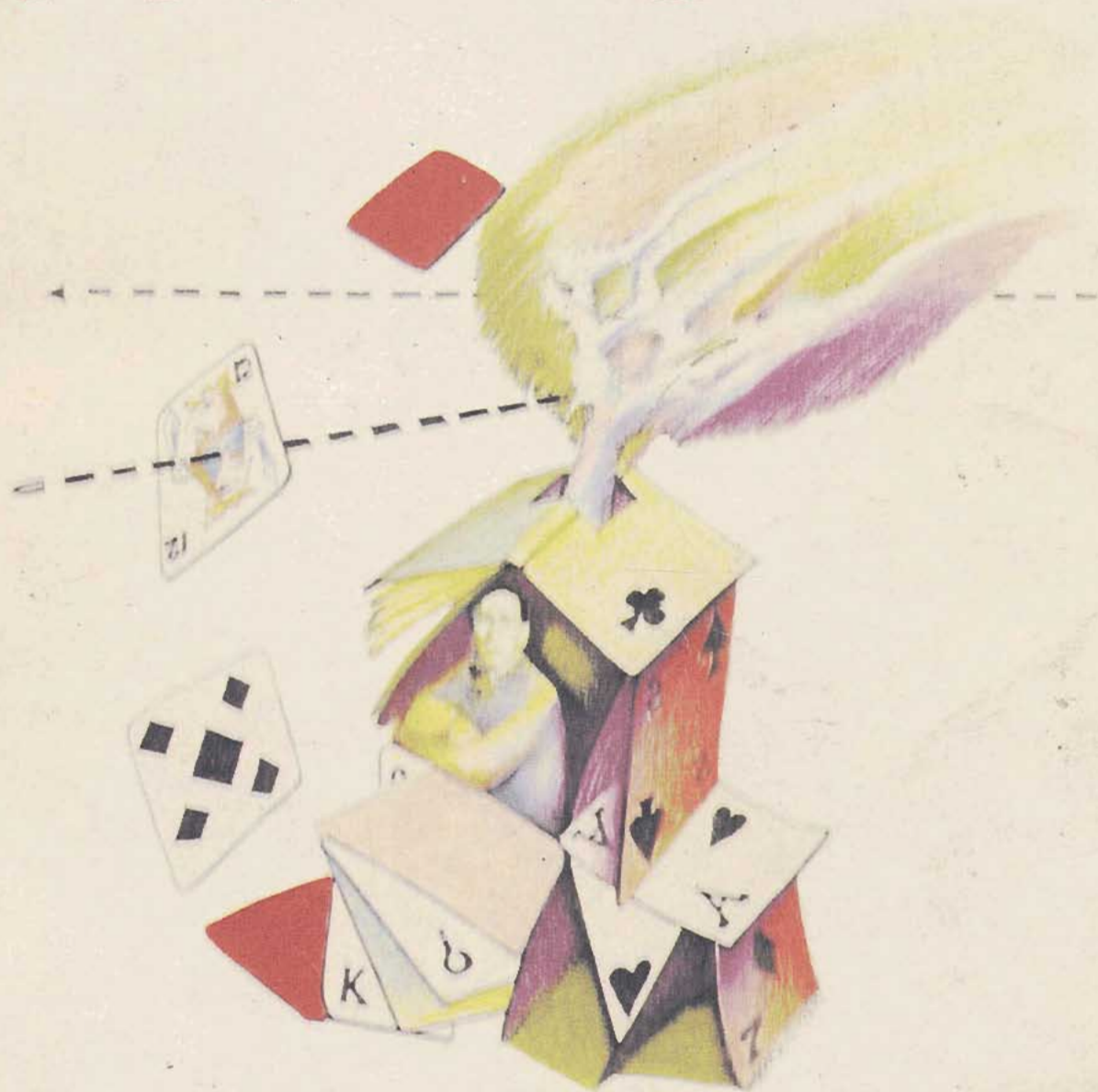


TRILCE



TRILCE

Nº1.- Tercera Epoca
Junio 1997

Número especial dedicado a Jorge Teillier

- Director:** Omar Lara
- Relaciones Públicas:** Adriana P. Loyola
- Comité de Redacción:** Carlos Cortínez,
Francisco Lussich,
Mario Rodríguez,
Tomás Sánchez,
Federico Schopf,
Enrique Valdés
- Representantes:** Jorge Ariel Madrazo (Argentina),
Juan Carlos Mestre (España)
Juan Armando Epple (USA),
Juan Octavio Prenz (Italia),
Hernán Burgos (Canadá),
Juan Garrido (Australia)
- Correspondencia:** Casilla 2501,
Concepción, Chile
Fax: 56/41 - 233778

Portada e Ilustraciones: Germán Arestizábal

SUMARIO

- *Buenas Noches, Jorge*/ Omar Lara
- *No es demasiado tarde para llamar a alguien por teléfono*/ María Nieves Alonso
- *Viendo "Casablanca" donde Lorenzo Peirano*/ Jorge Teillier (inédito)
- *La otra realidad de Teillier*/ Jaime Valdivieso
- *Materias y ensueños de la poesía de Jorge Teillier*/ Guillermo Quiñones
- *Leer a Jorge Teillier*/ Gilberto Triviños
- *Hotel Nube, la aldea lárca en ruinas*/ Mario Rodríguez
- *Teillier en la memoria*/ Francisco Véjar
- *Homenaje a Jorge Teillier*/ Francisco Véjar
- *Jorge Teillier en mi experiencia poética*/ Juan Villafañe
- *Las utopías están vigentes* (entrevista)/ Omar Lara
- *23 de abril de 1996* / Lorenzo Peirano
- *En cada estación de tu poesía* / Walter Rojas
- *Jorge Teillier en el recuerdo* / Enrique Valdés
- *Réquiem para Jorge Teillier* / Sergio Hernández
- *A Jorge Teillier*/ Sergio Hernández
- *Reflejos*/ Alexis Figueroa
- *Correspondencia pendiente con Jorge Teillier*/ Floridor Pérez
- *Homenaje a Teillier*/ Juan Carlos Mestre, Niall Binns, Andrés Fisher, Gonzalo Santelices
- *San Bogart*/ Germán Arestizábal

OMAR
LARA |

BUENAS NOCHES, JORGE

Buenas noches

Jorge

Te busqué en el Hotel Orly

como quedamos

No estabas en Buenos Aires y te hubiese gustado

El estallido de la hojarasca del atardecer

Tú estabas en La Ligua

Tú estabas en el Hotel Nube

Con tu traje de caballero de Cautín

El que vestías en el último abrazo

Junto a la tumba de tu padre

Cuando algo como un ángel se tendió a nuestro lado

Que no sea este un homenaje ampuloso

Que no sea siquiera un homenaje

Que sea como pasar junto a ti y saludarte

Con un gesto de la mano

Mientras nos apresuramos a ninguna parte

Buenas noches Jorge

Me pregunto cómo te sientes en la otra Frontera

Creo que sonríes

 que encoges los hombros

Pero con simpatía

Con algo de piedad por ti y por nosotros

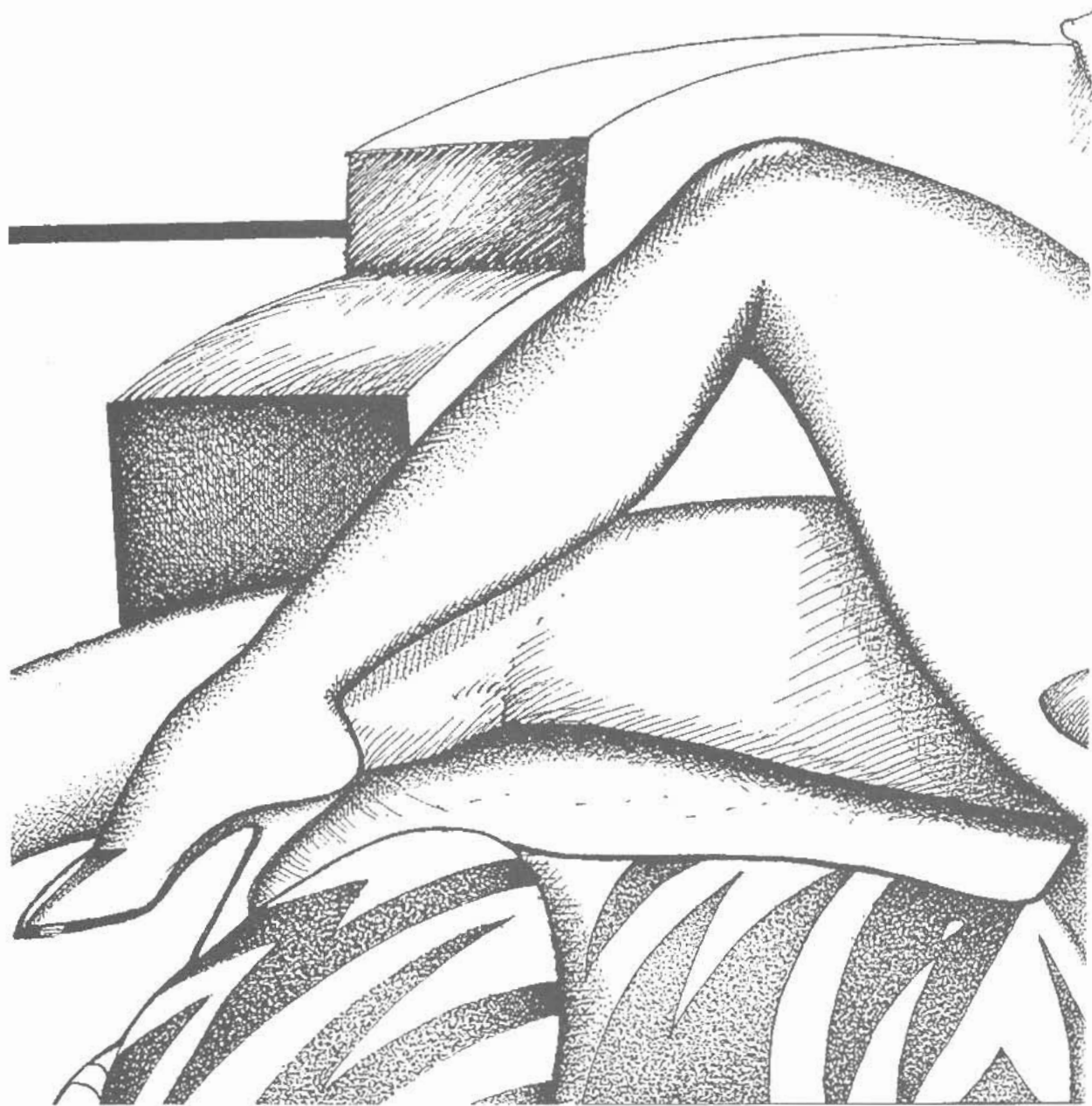
sobre todo con gentileza y con bondad

Arrullado como estás por nuestros corazones

Llenos de amor y gratitud

Por lo que eres y serás.

(Abril de 1996)



VIENDO "CASABLANCA"
DONDE LORENZO PEIRANO

(*inédito*)

Rick el "boss"
no recuerda en donde estuvo anoche
y yo tampoco.

Lorenzo junior me pide que en vez de escribir
me coma los papeles en blanco.
Debo llamar por teléfono
pero no me acuerdo del número de ningún teléfono.

Hoy día murió Modugno
"Ciao, ciao bambina, non ti scordare
vorrei trovare parole nuova
ma piove, piove
sul nostro amor".

"Bueno, uno entra y otro sale"
"El mundo siempre acoge a los amantes"
Eso escucha decir Ingrid a Boggie.
"Todo se derrumba y nos enamoramos"
"El país está lleno de traidores que buscan un líder".

Siempre tenemos que hacer algo
mejor que lo que de verdad debemos hacer.
Estamos en un mundo
donde siempre podemos ser detenidos por sospecha.
Los alemanes han perdido todas las guerras
que iniciaron
y también sus discípulos
a pesar de que imiten su paso de ganso
en parques con olor a chicha y a fritangas.

¿Cómo habla un boss?
¿Habrá ñoquis hechos en casa?
¿Habrá salido Miguel Antonio del corral?
¿Hablabremos del pazzo Campana
o de la bella suicida Antonia Pozzi?
De ellos traerá noticias
el armado Padrino Volpe.

Hasta luego, hasta luego.
Voy a juntarme con Montale y Dora Markus
en la casa de los Aduaneros.

“Toca otra vez Sam.”
Tal vez todo esto no es más que una simple melodía
y nadie debiera recordarme.
“Toca otra vez Sam.”

MARIA
NIEVES
ALONSO

NO ES
DEMASIADO TARDE
PARA LLAMAR A ALGUIEN POR TELEFONO ¹

“Ese pasado que no pasa y que, sin embargo, se ahueca con tantas comunicaciones es sin duda el que respiran todas las leyendas...”

Michael Foucault

“De mi pequeño reino afortunado me quedó esta costumbre de calor y una imposible propensión al mito”.

Jaime Gil de Biedma

“Un vaso de cerveza
una piedra, una nube,
la sonrisa de un ciego
y el milagro increíble
de estar de pie en la tierra”.

Jorge Teillier

En su libro *Por qué leer los clásicos*. Italo Calvino recuerda la contigüidad universal en que se sustenta *Las Metamorfosis*. Ovidio, para introducirnos en el mundo de los dioses celestiales, empieza acercándonoslo tanto que lo vuelve idéntico a la Roma de todos los días (1992: 34 y 35). Armonía, contacto, proximidad, familiaridad, entre dioses, seres humanos y cosas, domina lo religioso y determina la felicidad y seguridad del mundo pagano.

El cristianismo mantiene esta semejanza esencial, pero establece explícitamente una relación de jerarquía, dominio y subordinación entre creador, creaturas y cosas. ²

Versos / palabras / Belleza

¿quiere? → hay ciertos equívocos a los "india en sí"

El neoplatonismo cristiano, el simbolismo universal, plantea que todo objeto y ser existente sobre la tierra, cielos o mares es reflejo de la divinidad. Todo es símbolo, signo o imagen de otra entidad superior³. También el simbolismo de la época moderna coincide en negar a las cosas del mundo sensible el carácter de cosas puras y, tanto a ellas como al mundo animal, algún tipo de conocimiento, alma o espíritu.

pero es palabra con gusto en el carácter de la "cosa" de "cosas puestas".
más claro y adecuado.

Roto el pacto con la divinidad⁴, iniciada y completa la desacralización del mundo, emancipada de cualquier visión religiosa, hoy, la propia sociedad es el ser divino, se ha convertido en la entidad dominante como un hecho casi teocrático.⁵ El discurso de la apariencia se transforma en discurso sobre la apariencia y ésta, la apariencia, usurpa, sin decirlo, la autoridad al pensamiento. Roto el pacto entre las palabras y las cosas el lenguaje deviene algo informe, opaco y autónomo. No hay analogías ni conveniencias. En otro sentido, las palabras y las cosas son transitadas por el poder. Las últimas son bienes de representación, de consumo; los objetos no poseen ningún otro valor que aquél que otorga el parecer, desvinculado de la necesidad o "ananké". Estamos en el mundo de la prehistoria, vacío de sustancia, teatral, enmascarado. La sociedad se opone en cierto modo a la naturaleza... quiere bastarse a sí misma y sólo consigo misma enfrentarse.

la comunidad de "manera"

(4) esto, lo anterior, describe más bien a la "modernidad"

En esta sociedad secularizada, posmoderna y supuestamente racional⁶, la poesía trata de restaurar la perdida relación entre el hombre y el mundo; cumple la vagabunda tentativa de establecer un puente.

⁷ Y el poeta, que como dice el inevitable Foucault, es el que "por debajo de las diferencias nombradas y cotidianamente previstas, reencuentra los parentescos huidizos de las cosas, sus similitudes dispersas," debiera ser el penate de la humanidad, el secreto guardián del gusto, "el último, discreto y volátil heredero de la sabiduría": el guardián del mito. Del mito como "construcción y articulación de una red de variantes" o "una fábula, ficción alegórica, especialmente en materia religiosa"⁸

→
con
lo mismo
de
simulacro
H. Pellegrini
H. Pichon
las
palabras.

¿cuáles?

que colificativo, unido con los epítetos

Religar el mundo, relacionar "aletheia" y "doxa" no como oposición sino como una continua pertenencia entre ser y parecer unidos por la necesidad. Cuidar la imagen hasta que lleguen tiempos mejores.

tiempos

Es decir, "cuando las amadas palabras cotidianas /pierden su sentido/ y no se puede nombrar ni el pan, / ni el agua ni la ventana...", el poeta guarda "la memoria secreta de la luz" (Teillier 1995:17). Con ella puede descubrir las cosas y mostrarnos, tal vez, el contenido de la felicidad, las zonas de lo sagrado: "lo que importa no es la luz que encendemos/ día a día/, sino la que alguna vez apagamos/ para guardar la memoria secreta de la luz" (Los Dominios Perdidos" 1994:45).

2.- Ya no distinguimos una garza de un halcón

En la historia de la poesía contemporánea hay un precioso intento por descubrir y celebrar la verdadera identidad de las cosas, por transformar la relación de asimetría entre los seres y las cosas

establecidas por los simbolismos de todo tipo. Es el del poeta Francis Ponge, cuya definición de escritura como proyecto de destruir el velo del símbolo permite mostrar su importancia en la serie poética que reivindica los objetos cotidianos. Ponge intenta "redescender" a las cosas sin previsiones que impidan la descripción de sus cualidades distintivas. La poesía del autor francés, escribe Gilberto Triviños, "subvierte todas las variantes de la doctrina metafísica, que otorga a las cosas el estatus de símbolos, signos o representaciones..." (1980:59). Para realizar sus "ejercicios de reeducación sexual", Ponge renuncia al principio analógico⁹ pues quiere conocer las cosas como "cosas puras = res tantum" y liberarse totalmente de la tendencia a convertirlas en símbolos.

Pocos años más tarde, instalado en el reino de las semejanzas familiares y domésticas, Jorge Teillier avanza en este objetivo y elabora una poesía en la cual postula una transgresora y diferente relación del poeta, del hombre, con las cosas y los seres del reino animal y vegetal.

Si renunciar al analogismo de nuestra cultura, (él tuvo una madre piadosa), Teillier propone una serie de "natura rerum" que revoluciona la visión metafísica y jerárquica sobre las cosas, animales y plantas, ubicando al yo como uno más entre los objetos materiales y seres animados o inanimados. Así, en la poesía de Jorge Teillier, son las palabras, metonimia del poeta, las que quieren ser un puñado de cerezas, sí, un puñado de cerezas, un susurro- ¿para quién? -entre una y otra oscuridad. Sin eliminar nunca al hombre que las habita, el autor de *Para ángeles y gorriones* (1956), *Poemas del país de nunca jamás* (1963), *Muertes y Maravillas* (1971), *Cartas para reinas de otras primaveras* (1985), *Hotel Nube* (1996), intenta unir-vivir órdenes contrarios, cruzar fronteras, enlazar aquello que habitualmente separamos y ubicamos en reinos de diversa jerarquía.

Lo anterior no contradice sino acentúa el deseo de Jorge Teillier por construir una poesía fuera del "self", una obra que más allá de permitirle salir de la perspectiva limitada del yo le permita entrar en otros yoes semejantes al suyo, le permita disolverse en las cosas y en los yoes de animales, flores, árboles, humo, trenes.¹⁰

Ejemplos del intento del que hablamos se multiplican en todos los libros de este poeta que no "desciende" o "redesciende" a las cosas sino que las dota -o más bien-, las ve dotadas de espíritu y lenguaje. Retóricamente, Teillier resuelve esta utopía en la personificación, animización, metonimia, comparación, sinestesia, como procedimientos privilegiados.

El poeta es uno más (se metamorfosea, hace cruzar fronteras), entre los platos, la ropa recién lavada, el reloj, los trenes; uno con el granero y la primavera, con las nubes, los hijos de la harina, el humo, el vino, las semillas, los gorriones, las escaleras, los gallos, tordos, escarabajos, garzas, caballos, ángeles; uno con las rosas, miositis, lirios, lámparas, cerezas, ortigas, pájaros, girasoles. Uno más en el

bosque, en el campo, con pinos, eucaliptus; con ventanas, guijarros, manzanos, aromos, molinos, avellanos, ciruelos, río,... Todos estos seres, también el perro Toby y el gato Pedro ¹¹, piensan, sangran, añoran, ruegan, sueñan, vigilan, escriben, escuchan, callan, anuncian, esperan, ayudan, reconocen, se equivocan, sobreviven, acompañan, sufren, se alegran, como el poeta que es “sólo el árbol rojo que señala el comienzo del camino” y cuyas iniciales crecen grabadas en el árbol de la tumba de la hermana. Es decir, el poeta cuyo nombre pertenece a la lluvia piensa, sangra, ruega, sueña, vigila, saluda, envejece... con los platos, el granero, el manzano, el sol, los gorriones... Sólo algunos ejemplos: “Afuera llueve en voz baja”; “el pueblo se refugia en los ojos de las ovejas”; “Ruega por mí, reloj”; “Para esperarla yo me convertía/ en la casa de madera de sus antepasados”; “Maestros primarios y estudiantes/ apenas un puñado de semillas”; Sólo los gorriones lo saludan “; “Nadia no tiene edad/ porque ella es la nube”, etc.

Este poeta que no habla por otros (Neruda) ni por boca de ganso (Parra) posee bienes muy preciosos. Ellos son: “Un libro de Edgar Poe, un pasaje de tren,/ un remolino, un llavero sin llaves, una manta/ araucana, un calendario, un jarro/ un payaso de trapo,/ un mapa de Cautín, un retrato de un gato,/ una maleta vieja, una peineta, una camisa/ negra,/ un programa del hípico, un poema inconcluso, una/ ficha de teléfono, un disco de Zarah/ Leander,/ un puñado de cartas, la torre del Tarot, un alfil/ blanco, un revólver sin nuez, una manzana” (1986:35)

También cree que no estaremos solos mientras haya un puñado de tierra fresca: Alegría. Teillier, quien admira a Rilke, Rosamel del Valle, Esenin, Antonio Machado, Milosz, Neruda, Eliseo Diego, Trakl, Poe, daría todo el oro del mundo por sentir de nuevo en su camisa ¹² las frías monedas de la lluvia, daría no sabe cuánto por descansar en la tierra con las frías monedas de plata de la lluvia cerrándole los ojos (1984: 58). El me enseña, me dice y proclama que:

- 1) “el asunto
es que las cosas sueñan con nosotros,
y al final no se sepa
si somos nosotros quienes soñamos con el poeta
que sueña este paisaje
o es el paisaje quien sueña con nosotros
o el poeta
o el pintor (1996: 47)
- 2) No importa repetirse: “Vuelve al pasado”

3) ...la felicidad:
“ no es sino un leve deslizarse de remos en el agua.
O quizás no sea sino la luz de un pequeño barco,
esa luz que aparece y desaparece
en el oscuro oleaje de los años
lentos como una cena tras un entierro.

O la luz de una casa hallada tras la colina
cuando ya creíamos que no quedaba sino andar.

O el espacio del silencio
entre mi voz y la de alguien
revelándome el verdadero nombre de las cosas
con sólo nombrarlas: “álamos”, “tejados”.
La distancia entre el tintineo del cencerro
en el cuello de la oveja al amanecer
y el ruido de una puerta cerrándose tras una fiesta.
El espacio entre el grito del ave herida en el pantano,
y las alas plegadas de una mariposa
sobre la cumbre de la loma barrida por el viento...(1994: 108)

La felicidad, Jorge Teillier me ha estado hablando todo el tiempo de ella: de la felicidad, de ese tema “improbable” del que “quizá sólo deba hablarse en primera persona y desde luego, para darla por perdida. Porque es cosa notable que si bien la mayoría de quienes nos tenemos por menos ilusos no esperamos la dicha, ninguna renuncia a recordarla. Es más fácil prescindir de la felicidad futura que de la pasada...No es cierto que el tiempo se lleve la dicha, pues nos trae su nostalgia, que es la única forma que tenemos de conocerla” (Savater. 1987:147).

“Ficción útil”...la felicidad es una de las formas de la memoria: Jorge Teillier escribe de los lugares, las cosas, de los días y el tiempo en que habita [ba] la felicidad. Inevitablemente escribe también del tiempo aquél en el cual “la nostalgia dispara sus últimos cartuchos” y “*donde cuchillos y tijeras trabajan todo el día en tu corazón*”. Pero...

3.- ¿Quién recogerá las manzanas donde aún puede vivir un sol de otra época?

En su prólogo a *Los Dominios Perdidos*, Eduardo Llanos destaca el esfuerzo de Jorge Teillier por superar la escisión poesía-vida y el agonismo presente en la obra de este poeta cuyo carácter “fronterizo

es evidente y notable”. Así, “la poesía de Teillier es fronteriza -escribe el poeta- prologuista- en un sentido más profundo: en ella se asiste a un movimiento que parece efectuarse y anularse simultáneamente, y que en todo caso compatibiliza polaridades aparentemente antinómicas (...), conciencia viva del aquí-ahora y eterno retorno al País de Nunca Jamás...” (1994:13).

A su vez, Jaime Giordano en su indispensable artículo de *Dioses y Antidioses* (1987) nos habla no sólo de “umbrales de la ilusión” sino también de “voluntad rendida”, “la búsqueda angustiada”, “el intruso en tiempos de ilusión” y “la traición” y concluye que: “aquella forma de resolución del tema - la contemplación del tiempo pasado- comunes (dentro de las diferencias) a Bergman, Vallejo, Lihn, aunque parezca extraño no se da en Teillier. Desaparece la figura del recordante (como foco centralizador) desaparece cualquier centro de valor que pueda recuperarse en el pasado, desaparece hasta la relación ahora-entonces que, aun difuminado como en los autores citados, hubiera sido lógico conservar (p. 297).

En la poesía de Teillier se percibiría un proceso que va de la ilusión a la desesperanza -o a una mayor amargura- en el cual lo irónico se va introduciendo como tono dominante ¹³. ¿Quién podría negarlo leyendo “El viento de locos”, “Viaje en globo”, “Qué historia es ésta”, “Lentejuelas”, “Hay un espejo colgando en una pared rota,” “Lluvia inmóvil” o en *Crónica del Forastero*?

Sin embargo, perdonadme la inocencia, creo que en esa manzana, en ese bien, en esa ficción (aún) vive el sol de otra época.

¿”Twilight”? fronterizo, antagonista, gente antigua, objeto entre objetos, sujeto, poeta o poema, guardián del mito, traicionado, inconcluso, rostro en la lluvia, otro, Jorge Teillier escribe una ficción útil, una forma de memoria, cartas para reinas de otras primaveras, cuya tensión fundamental, entre un mito al que no se acaba de renunciar y la conciencia de su irrealidad, se prolonga dramáticamente sin resolverse nunca.

Esta dialéctica, ya señalada por Llanos, que atraviesa toda la obra de Jorge Teillier desde *Para ángeles y gorriones* hasta *Hotel Nube* se explicita, por ejemplo, en poemas como: “Sentados frente al fuego”, “Despedida”, “Tarjeta postal”, “Cosas Vistas”, “Estas palabras”, “bajo el cielo nacido tras la lluvia”, “Para Antonio Machado al leer de nuevo sus poemas”, “La ventana ilumina el bosque”, “Hoy soy un miembro del Club de Corazones Solitarios”, “Germán Aretízabal pide que recen por él”, “A Darío, mi nieto que aún no sabe leer”, “Bienes”, “Mi amor por ti” y en versos como: “trataré (de) que la escarcha cubra mi pasado”; “eso fue la felicidad: dibujar en la escarcha figuras sin sentido”; “Vámonos”; “Nadie te va a mostrar como florece la higuera”; “Vuelvo a soñar caminos de la tarde”; “Mi amigo espera en vano que un río centelle su buena estrella”; “Ahora vuelvo a encontrar la luz que permitían los días verdaderos”; “antes de irse, el sol ilumina brutalmente nuestro rostro condenado al

fracaso”; “tus cabellos iluminan el bosque”; “De pronto, no somos sino un puñado de sombras/ que el viento intenta dispersar”; ya no reconozco mi casa”; “Así era la felicidad:/ breve como el sueño del aroma derribado,.../Pero no importa que los días felices sean breves/ como el viaje de la estrella desprendida del cielo./ pues siempre podremos reunir sus recuerdos”; “tú sabes que veo el sol y la muerte viajar juntos. Vuelve el pasado, Vuelve al pasado, sobrevive el olor a harina tostada, el río Cautín, la casa de madera, la buganvilia, la leña, el fuego.

Jorge Teillier se ha convertido en poema ¹⁴ y yo quiero privilegiar la elegía, el canto, los días festejados. El tiempo no lo ha borrado todo como una lenta tempestad de arena. Entonces me apropio de las palabras de Michel Foucault sobre Raymond Roussel y escribo: La poesía de Teillier “no fabrica ser, mantiene las cosas en su ser. Su función consiste en hacer “permanecer”. Pero también en hacer “pasar”, franquear los obstáculos, atravesar los reinos, alborotar las cárceles y los secretos, reaparecer del otro lado de la noche, derrotar los recuerdos dormidos. Todas estas poesías abren un espacio en el cierre protector que también es el de la maravillosa comunicación. Pasaje que es clausura. Umbral y clave (1992: 92). Los poemas, la contigüidad sin jerarquía con las cosas, la metamorfosis, la puesta en escena del pasado, la tensión de contrarios, ejercen en Teillier dos grandes funciones míticas: unir y recuperar. Unir los seres: sol, granero, trenes, hombre, río, gato, nube, cerezas, palabras pasado futuro, ángeles y gorriones; tren que no has de beber; muerte y maravilla; pérdida y encuentro.

Recuperar la luz de otro tiempo que aún vive en esas manzanas, en ese poema inconcluso. La poesía de Teillier, es en fin, una llave “que se nos ha dado para unir la memoria con el olvido; el poeta la lanzó al fondo de un pozo para que alguien como nosotros hoy día la encuentre algún día. (1996:36)

Jorge Teillier, “no has trabajado para el polvo y para el viento”. “Caminemos hasta vencer la niebla”. “Atravesada la noche, vino derramado, un poeta de este mundo” ya es leyenda.

Además las cosas son como yo quiero que sean o no son, y tú (también) puedes convertir en nido cualquier computadora. ¹⁶

NOTAS

- 1.- Justificación: Wittgenstein dice que de lo que no se puede hablar mejor es callarse, pero “la piedra no ha leído a Wittgenstein y sabe que se equivoca”. Lo mejor no es callarse. Además esta nota es un saludo a los poetas Omar Lara y Juan Carlos Mestre y una señal de agradecimiento al poeta Jorge Teillier: “no importa que los días felices sean breves”.

- 2.- Así dice la Biblia: “Díjose entonces Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella”²⁷. Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó y lo creó macho y hembra ²⁸; y los bendijo Dios diciéndoles: Procread y multiplicaos, henchid la tierra, sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra” ²⁹. Dijo también Dios: ahí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la haz de la tierra toda y cuantos árboles producen fruto de simiente...” (Génesis 1962 :28)

- 3.- En la época medieval filósofos como San Agustín, Hugo de San Víctor, Alberto el Grande, Santo Tomás. Dionisio de Aeropagita distinguen en el universo tres tipos de cosas: “Signum tantum”, “res et signa” y, “res tantum”. Todas las cosas creadas tienen la cualidad de “vestigia trinitatis”. Son signos o símbolos del creador. Al respecto puede verse Johan Chydenius: “La Theorie du symbolisme médiéval”. Poétique N° 25. 1975 pp.326-340.

- 4.- Según Octavio Paz, el mundo moderno trasladó lo religioso a la literatura y el arte. “La religión pública de la modernidad ha sido la revolución y la poesía su religión privada” (1990:63)

- 5.- “Roberto Calasso. Hoy reina el simulacro, pero falta el mito”. “Artes y Letras”, El Mercurio, Santiago, Domingo 29 de Septiembre 1966. Entrevista de Pedro y José Gandolfo.

- 6.- El tiempo del “animal laborens”, esto es, la plenitud del proceso de mundanización y racionalización de la vida, la realización del progreso. Esta realización del progreso se debe a la pérdida de la fe, a la mundanización, a la secularización...Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo, Supuestos históricos y culturales*, México, F.C.E., 1987, p. 60.

- 7.- Al respecto son muy interesantes varios de los artículos de la *Revista Insula* N° 565, Enero de 1994. Especialmente los de José María Parreño. “Una poética más o menos” pp. 30-31.
Juan Carlos Mestre, “El territorio de la poesía: La casa de la Imaginación”. pp.29-30
Juan Carlos Suñén “Lo difícil y el bien” pp.33-36.
José Reichmann “El derrotado duerme en el campo de batalla” pp.32-32.

- 8.- Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española, Madrid, 1984. Vigésima Edición.

- 9.- Creo que también renuncia a escribir una poesía de “ovación”, “celebración”, “adoración”, como dice Teófilo Cid que es la de Jorge Teillier. En Prólogo a *Para Angeles y Gorriones*. 1955: (escrito para la edición de 1956).

- 10.- Italo Calvino escribe: “ojalá fuese posible una obra concebida fuera del “self”, una obra que permitiese salir de la perspectiva limitada de un yo individual, no sólo para encontrar en otros yoes semejantes al

nuestro, sino para hacer hablar a lo que no tiene palabra, al pájaro que se posa en el canalón, al árbol en primavera y al árbol en otoño, a la piedra, al cemento, al material plástico...¿No sería esa la meta a la que aspiraba Ovidio al narrar la continuidad de las formas?" (199:138).

- 11.- El Gato Pedro murió al tercer día de muerto Jorge Teillier. Así cuenta la leyenda.
- 12.- Dice camisa y no piel. La identidad es total y obvia, también la continuidad de las formas. Al respecto, el profesor Edgar O'Hara escribe un interesante artículo: "Jorge Teillier: el lenguaje como numismática". R. Iberoamericana N° 168-169, Julio-Dic 1994 pp. 841-858.
- 13.- Mario Rodríguez, en su reseña "Hotel Nube, la aldea lárca en ruinas", plantea que en la poesía de Jorge Teillier "la tendencia de instalar un "mundo" otro-el de las analogías y correspondencias- en la modernidad nunca fue abandonado por Jorge Teillier aunque en *Hotel Nube* se percibe una mayor amargura que tiende a desintegrar esa tan sostenida escritura de la semejanza que hacía del poeta un "guardián del mito", presente desde *Para Angeles y Gorriones* (1956) hasta *Los Dominios Perdidos* (1994). Luego Rodríguez afirma que **Hotel Nube** es la crisis final de la analogía. **La Epoca**, Julio de 1996.
Jaime Pellerano y Francisco Larrea en su Memoria de Grado, revisan la obra de Teillier y afirman que el proceso es "de la ilusión a la amargura", Concepción, inédita, 1995.
- 14.- Recuerdo a Jaime Gil de Biedma: "¿Por qué escribí? Al fin y al cabo, lo normal es leer. Mis respuestas favoritas son dos: Una, que mi poesía consistió -sin saberlo- en una tentativa de inventarme una identidad; inventada ya, asumida ya, no me ocurre más aquello de apostarme entero en cada poema que me ponía a escribir, que era lo que me apasionaba. Otra, que todo fue una equivocación: Yo creía ser poeta, pero en el fondo quería ser poema. Y en parte, en mala parte, lo he conseguido; como cualquier poema medianamente bien hecho, ahora carezco de libertad interior soy todo necesidad y sumisión interna a ese atormentado tirano, a ese *Big Brother* insomne, omnisciente y ubicuo" (*Las personas del verbo*, Barcelona, Seix Barral, 1990)
- 15.- Me apropio, yo soy muy ladrona, de algunos de los subtítulos del útil, familiar e inteligente libro de Carlos Olivárez *Conversaciones con Jorge Teillier*, Santiago, Editorial Los Andes, 1993.
- 16.- "Paseos con Carolina," *Cartas para Reinas de otras primaveras*. Santiago, Ediciones Manieristas, 1985.

*¿Qué fue de la foto del niño que fui? Me gustaría verla...
todos los álbumes desaparecieron tras la diáspora..
J.T. carta de julio 20/77*

Tu foto de infancia se extravió en el diario.

Los duendes del taller me arrebataron
ese regalo de tu madre.

Desde ahora sólo conservaré la imagen
del niño que conocí en un carro de tren
detenido en la estación de Lautaro
ese verano del 48,
mientras don Fernando y don Tomás
se transmiten noticias
en una frecuencia difícil de sintonizar.

Sólo entiendo que por culpa de una Ley Maldita
las malditas enfermedades de sus mujeres
los embargos por deudas y el fantasma
de los destierros a Pisagua,
la situación tendría un desenlace impredecible
como su partida de ajedrez
por el campeonato de Victoria en los años 30,
suspendida para llevar al altar sus damas blancas
que amarillean en el álbum familiar.

Así las cosas no es raro
que tengas la edad de mi hermana mayor
a quien regalas la Historia de Chile
de Luis Galdames que llevas bajo el brazo,
despertando mi envidia
con ese gesto que a medias te hiciste perdonar
con dedicatorias y dedicatorias posteriores.

La frase "adjunto mi último libro"
se repite en tu correspondencia.
En tus *Poemas Secretos* el 66, anotas:
Separata de 50 ejemplares.
No es para crítica ni comercio.
Sólo ahora, 30 años después, descifro ese mensaje:
no viviste para la crítica ni el comercio
ni escribiste para el comercio de una crítica
que arriscó la nariz ante el aroma limpio
de tus hojas que caen con el cielo *del país*
que está más allá de las apariencias cotidianas,
pero oculto en esas mismas apariencias
y que nunca jamás se revela a los que olvidan
las palabras heredadas de padres, vecinos, abuelos
dichas en la forma más directa,
como escribes en carta del 63.

Ya el 65 los médicos se alarman
pero a ti sólo un riesgo te quita el sueño:
ser abstemio para toda la vida,
no poder acompañar un asado al palo con un buen trago

es cosa de vida o muerte.

No sé cómo resolveré este prolema.

Y no lo resolviste, o se resolvió solo -a costa tuya-
como un complejo problema de Mate en 3 Jugadas
que resolvías de pie junto al tablero, hablando de otra cosa
con un vaso en la mano, sin tocar una pieza.

Diez años después escribes:

*tu carta la recibo en un lugar bastante apropiado
aquí se necesita compañía...*

y lo repites diez años después, en otra clínica
y diez años después, un 22, suena el teléfono de abril
en esta capital tan parecida a una clínica siquiátrica,
donde cometo la locura de vivir
mientras tú juiciosamente regresas
a un pueblo de verdad
con calles y caminos de verdad,
donde el pie humano todavía deja huella.

Por uno de esos caminos polvorientos de tus poemas

te llevan al cementerio,

pero ahora las flores no son para la hermana,

son para el *forastero* que regresa

-había que arreglar la tumba familiar-

repartida por el mundo,

mientras yo elijo estas *palabras claras y tranquilas*

y espero hablar contigo bajo las raíces del aroma

o en esta misma calle Corrientes

que íbamos a recorrer juntos,

pero una vez más, tú volaste más alto.

Buenos Aires - Santiago, abril de 1996

Jorge Teillier nació en Lautaro, allí en plena región de La Frontera en Chile, es decir, en la zona que durante más de tres siglos fuera el límite entre españoles y aborígenes, entre el poder imperial invasor y nuestros mapuches primitivos e independientes, en la zona hasta hace sólo un siglo de pugnas y fricciones entre conquistadores y un pueblo indómito que no se dejaba avasallar.¹

En este medio en el que también se mantenían reminiscencias de campamento, de Far West y de un mundo elemental y pionero, como tan vívidamente lo ha evocado Neruda en sus Memorias, transcurren la infancia y la adolescencia de Teillier. Acotamos que esta región casi recién nacida a la vida chilena, con ciudades fundadas o refundadas a fines del siglo diecinueve, ha sido, sin embargo, pródiga para nuestra poesía. Quizás Neruda, “desbordando el mundo igual que los inviernos”², haya hecho olvidar un poco que de la Frontera proceden los poetas Diego Dublé Urrutia, Juvencio Valle, Teófilo Cid, Aldo Torres Púa, Jorge Jobet, Pablo Guíñez, Miguel Arteche, Floridor Pérez, Omar Lara y Elicura Chihuailaf, entre otros significativos vates chilenos.

Nacido en 1935 y con su primer libro publicado en 1956, Jorge Teillier pertenece, cronológicamente, a la “Generación del 50”. Debemos dejar en claro que a nuestro poeta no le agradaba la pertenencia a tal grupo, particularmente por su tendencia al cosmopolitismo, “su desarraigo, su falta de sentido histórico, su egoísmo pequeño burgués”.³ Sin embargo a casi medio siglo de su aparición y cuando se pierde a la distancia su efímero auge, ya se puede decantar con claridad cuánto hubo de valor real y cuánto de propaganda o éxito pasajero en la llamada “Generación del 50”. Sin lugar a dudas, dicho grupo no es homogéneo y en él, pensamos, no es difícil -aunque no lo hemos visto señalar por ningún crítico- visualizar tres corrientes que reflejaron las tres tendencias que se iban consolidando en el conflictivo período de lucha de clases que se desarrolló en Chile después de la Segunda Guerra Mundial: una tendencia aristocratizante, una ideología centrista y conciliadora de raíz cristiana y una posición que se identificaba con nuestra realidad, nuestro pueblo y sus luchas.

-
- (1) Sólo en 1881 logra el gobierno de Chile la llamada “pacificación de la Araucanía”, es decir, el sometimiento del pueblo mapuche mediante una planificada campaña militar, la erradicación y el despojo.
 - (2) Las citas para este trabajo están tomadas de los libros de Jorge Teillier “Para un Pueblo Fantasma” y “Hotel Nube”
 - (3) Otras citas proceden del artículo que Teillier tituló “Sobre el Mundo Donde Verdaderamente Habito o la Experiencia Poética,” publicado en revista Trilce, N. 14, 1968.

Como no deseamos que este problema nos distraiga de nuestro tema central, solamente nos limitaremos a anotar aquí que la mayoría de los poetas que cronológicamente corresponden al “50”, tiene un acento vernáculo, en contra de la sofisticación, la extravagancia y la visión de mundo decadente que explotaron varios escritores de dicha generación, especialmente Enrique Lafourcade, novelista con el cual se tiende a identificar a la “Generación del 50”.⁴ Piénsese, por ejemplo, en poetas como Alfonso Alcalde (1921), Raúl Rivera (1926), Pablo Guíñez (1929), Efraín Barquero (1931), Sergio Hernández (1932) o Rolando Cárdenas (1933)... Todos ellos tienen insoslayables vínculos, conscientes y subconscientes, a menudo mágicos, con nuestra naturaleza y nuestro pueblo. Por consiguiente -y además por otras razones- corresponde ubicar a Teillier entre los poetas del “50”.

Su tiempo y su espacio -su infancia y adolescencia transcurren en el período de la Guerra Fría y en la región de la Frontera - determinan poderosa aunque soterradamente la poesía de Teillier.

Un inventario cualquiera, ligero o acucioso, de las materias que pueblan su poesía, dará un resultado parecido a éste: terrones, hierbas, árboles, un huerto, hongos, nidos, castillos de madera, la reja de fierro, un caballo perdido, el pozo, la leña, la casa natal, patios innumerables, espejos, el olor a café en el molinillo de la tía solterona, la banda en la plaza, el tren que se aleja de la antigua estación... Es decir, se trata del mundo de la aldea. Materias y ámbitos provenientes de los pequeños poblados nutren la poesía de Teillier. Su origen, su temperamento y su visión de mundo han arraigado en él ese respeto y esa identificación con la naturaleza que le permiten concluir con admirable naturalidad que “un día llegaremos a ser árbol”. Igualmente una sabiduría antigua, heredada de sus antecesores poéticos -Francis James, Milosz, Alain Fournier, René-Guy Adou, Antonio Machado, “hermano mal vestido y triste” y los chilenos Teófilo Cid y Juvencio Valle- le han inculcado esa comunión con su tierra natal y le otorgan esa capacidad de decir y predecir a su pueblo, cuyo destino puede “leer en la palma de sus calles”.

Rural y sureña, la poesía de Teillier es también expresión del doloroso sino de la aldea chilena y, en verdad, de toda Latinoamérica durante el presente siglo, cual es el éxodo, el desarraigo. Año tras año, generación tras generación, las aldeas latinoamericanas van viendo reducirse su población por el éxodo, especialmente de sus jóvenes que emigran a las ciudades grandes en busca de fuente de trabajo o estudios posibles o aparentes mejores condiciones de vida. Releyendo a este poeta de los lares, se vive entonces el conflicto del provinciano, quien desde el universo elemental y agreste de la aldea, es transplantado a la “costra de cemento” y artificio de la ciudad. Su inadaptación y su anhelo de una vida sencilla, inmemorial, lo persiguen: “Como de costumbre volveré a la ciudad/ Escuchando un perdido rechinar de carretas/ Y soñaré techos de Zinc y cercos de madera/ Mientras gasto mis codos en todos los mesones”.

(4) Para ser justos, acotamos que, pese a las diferencias, Lafourcade profesó gran admiración y una real amistad hacia Jorge Teillier.

Su arraigo telúrico y su repulsa a la ciudad "enferma de smog" conllevan otra variante -la más visible y reiterada-: el sueño poético del retorno hacia el mundo lejano de la infancia. Alguna vez en revista "Trilce", explicó Teillier que para él "la poesía es la lucha contra nuestro enemigo el tiempo". Efectivamente, desandando años y distancias, camino al ayer, esta poesía rescata el mundo irrecuperable de la infancia, y resulta casi increíble cómo este poeta es capaz de descubrir y redescubrir matices -fugaces matices sobre todo-, un mundo mágico, de inagotable poesía en los estrechos e inconmensurables lindes de la infancia y la provincia. Su homenaje al dibujante chileno Coré es un poema que suscribiríamos, que suscribirían "en el fondo de la casa sin muros del recuerdo", todos los ojos que alguna vez se posaron en las páginas de "El Peneca", ~~semanario de un tiempo~~ cuando la manipulación ideológica del niño a través de las revistas infantiles no aparecía todavía tan evidente.

Pero no tan sólo infancia. El poeta que aprendió con Alain Fournier el secreto de encender "para siempre las estrellas de la adolescencia", posee un tono, un hálito expresivo que trasunta una espiritualidad joven. Pensamos que ese dejo adolescente se desprende un poco de esa suerte de "tierna indiferencia", como también de la fragilidad de los vínculos y de cierta tendencia contemplativa y autocontemplativa: el poeta se busca a menudo en los espejos, en los antepasados y en el correr de los años. Tampoco podemos olvidar aquí la poderosa influencia que ejerció el existencialismo sobre los escritores del "50" y que, en alguna medida, contribuye a esa visión en la que abrimos los brazos "para abrazar el vacío" y, por sobre todo, esa obsesiva convicción de que nuestras existencias no son más que una brizna dentro de "ese río silencioso"...

La lucha contra el tiempo enemigo, contra "la reja que no se volverá a abrir", cubre toda la poesía de Teillier, quien alguna vez, explicando la simbología de los trenes como la expresión de la fragmentación implacable del tiempo de la aldea, ha confesado: "Alguna vez correrá un último tren, pensaba yo, cuál será ese último tren, así como tantas veces pienso, quién pronunciará por última vez mi nombre, quién leera por última vez un poema mío". En esa lucha, el poeta posee un aliada íntima, la llave que "une la memoria con el olvido". Esta llave o varita de la intemporalidad le permite descubrir que "el loro de John Silver envidia mi cerveza" y es también vínculo con viejos rituales de solidaridad elemental: "Habla con los vagabundos/ y devuélveles el vaso de vino/ que un día uno de ellos/ le dio a tu antepasado el pastor/ antes que existieran los cotos de caza".

Este retorno a la "edad de oro" y esta brega contra el tiempo revelan todavía otras dos hebras distintas de la urdimbre espiritual que subyace tras de esta poesía.

Una de dichas hebras es esa especie de halo mágico que hace que esta poesía enraizada en la aldea y la infancia trascienda lo cotidiano y sea capaz de revelar contornos imperceptibles, matices prodigiosos de la realidad oculta. Este poder de descubrir lo inusual, lo maravilloso o el encanto escondido en la cotidianidad, reside en la peculiar forma de imaginar y soñar el mundo, y expresarlo "removiendo la dura corteza de las apariencias" en imágenes al mismo tiempo tenues y densas de emotividad, de interiorización y naturalidad. La realidad secreta surge entonces como -ponemos algunos ejemplos- ese paisaje de Marc Chagall "que sueña con nosotros" o aquella taberna "cuyas puertas siempre abiertas no sirven para salir" o, en fin, descubrir que "la felicidad no es sino un leve deslizarse de remos sobre el agua".

La otra hebra del tejido espiritual que trasunta esta poesía reside en los anhelos de sosiego, reposo y paz. Al igual que en Teófilo Cid, resuena en los oídos de Teillier “como el mar en los caracoles/ el rumor de la casa natal”. Los ensueños de la casa, tan frecuentes en esta poesía, conlleva siempre una connotación lárca: el huerto y el árbol familiar que prestan amparo, el fondo del patio de la casa paterna donde se conjugan la aventura y la seguridad, la mesa maternal o la morada familiar, recomponen un mundo grato, apacible, seguro. Parte sustancial de este mundo es la casa de madera. Siempre la casa ha de ser de madera: ella nos vincula al bosque, sus aromas y sus trinos y restaura, en alguna medida, una intimidad plácida y libre. Libertad y placidez enlazadas. El yo y el universo armónicamente enlazados, como en el recuerdo de la lejana infancia rural y desformalizada de la Frontera.

Este anhelo de paz y recogimiento recorre soterradamente los catorce libros de poesía de Teillier y se refleja en su nostalgia “de lo que no nos ha pasado, pero debiera de pasarnos,” en la persistencia de vivencias tenues, sutiles y en su suave hálito expresivo, pues “la poesía es un respirar en paz.” Otras veces, como ocurre con las reiteradas imágenes del sueño, la ansiedad de un mundo plácido es más ostensible. Posiblemente, uno de los poemas más divulgados de Teillier es “Retrato de mi padre, militante comunista”, pieza en la que, como retribución a la lucha y a la ineludible esperanza revolucionaria, se formulan dos anhelos: el advenimiento de la revolución y que los días del padre “lleguen a ser tranquilos/ como una laguna cuando no hay viento”...”en el silencio interminable de los campos”.

Con la honestidad consustancial a un poeta que entregó su vida a la poesía “con la paciencia del guardavía,/ con la persistencia de la zarzamora,” Teillier confesó sus limitaciones temperamentales respecto a la poesía social y cómo el no poder escribirla le “creaba un sentimiento de culpa que aún hoy suele perseguirme”. Por ello, no puede pasar desapercibido que en su creación poética posterior a 1973, diferentes símbolos o signos de indicios nos remitan al drama que por diecisiete años vivió Chile. Es verdad que con el correr de los años, el poeta fue acentuando o hizo más ostensible el tono autobiográfico de su poesía, esas pequeñas confesiones como “la noche es mi mejor amiga” o “es mejor morir de vino que de tedio”. Pero es igualmente efectivo que la compulsiva situación que vivió Chile bajo la dictadura fue determinante para que esta poesía tan genuina -en la que más de una vez asoman las “sombras de los amigos muertos”-, diga en tono desacostumbrado que “el único país donde me siento extranjero es mi país” o que “vivo en un tiempo en que mandan los padrastros”. De rico subtexto, el poema “En el mes de los Zorros” nos habla de “esa calle que ahora los ancianos vigilan airados,/ porque no pueden extirpar las zarzas de ardientes raíces”, y evocando una vez cuando se abrió “una ventana por donde no entra la noche”, se nos insta a escuchar por siempre “a los bosques secretos/ predicando libertad con cada una de sus hojas” y se vislumbra premonitoriamente, ya en 1978, el hundimiento de los ancianos airados “en un pozo que el cielo no conoce”.

Hecha de materias terrestres y de ensueños, de Sur, de lucidez y ebriedad, la poesía de Jorge Teillier es un doble retorno a la aldea y a la infancia, un suave y tierno retorno a la tierra y al corazón humano.

GILBERTO
TRIVIÑOS

LEER A
JORGE TEILLIER

Leer a Teillier significa salvaguardar el sueño de (re)encontrar la morada del hombre, la memoria del “tiempo sin tiempo”, el derecho a buscar la lámpara perdida para (re) entrar en el Bosque Mágico, aun cuando seamos mendigos que le pedimos al tiempo un recuerdo que no se deforme en el turbio estanque de la memoria (“Juego con los recuerdos a la gallina ciega”/ “Déjate de jugar con los recuerdos”).

NO, leer no es impositivo

Leer a Teillier significa renovar la creencia en los poderes de las palabras de los poetas para despertar a la Bella Durmiente (Poesía) ocultada por el invierno de la realidad.

esto es, en calificación, a los p. ulteriores del atinente

Leer a Teillier significa reivindicar el valor de la nostalgia del País de Nunca Jamás. Tal vez el otro lugar (ya) no existe, tal vez no hay otro paraíso que el paraíso perdido, pero nuestro hermoso deber, dice Borges, es imaginar que hay un laberinto y un hilo. “Nunca daremos con el hilo; acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad” (*El hilo de la fábula, Los conjurados*). “La mera y sencilla felicidad”. Teillier imagina que la felicidad que brilla donde él ya no está es quizás un leve deslizarse de remos en el agua, la luz de un pequeño barco que aparece y desaparece en el oscuro oleaje de los años, el espacio entre el grito del ave herida en el pantano y las alas plegadas de una mariposa, descifrar los jeroglíficos de las ramas de la primavera, dibujar en la escarcha figuras sin sentido, la luz de una casa hallada tras la colina cuando ya creíamos que no quedaba sino andar y andar...

Leer a Teillier significa saber que el sol y la muerte viajan juntos, que siempre hay un cuarto que no debe abrirse y que el viento de pronto apenas se atreve a hojear los trigales por miedo a encontrar un sol más oculto.

Leer a Teillier significa aprender que no importa la brevedad de los días de mera y sencilla felicidad, pues siempre podremos reunir sus recuerdos, así como el niño castigado en el patio encuentra guijarros para formar brillantes ejércitos (“Bajo el cielo nacido tras la lluvia”, *Hotel Nube*).

Leer a Teillier significa saber, con Pascual Coña, que hay estrellas que se llaman el rastro del avestruz, el corral del ganado, la gallina con polvos, el pellejo oscuro, el camino de hadas...Escuchar su voz impertinente: “Los fundos eran antes todos propiedades mapuches”.

Leer a Teillier significa reconocer que al final hacemos poesía, música, pintura, porque no hemos sido felices, pero también porque creemos que hemos sido felices.

(Zurita: "Al final hacemos poesía, música, pintura, porque no hemos sido felices. Esa es la única razón de todos los libros que se han escrito, de todos los cuadros, de las sinfonías", "Poesía y nuevo mundo", *El Mercurio*, domingo 4 de octubre 1996.)

Leer a Teillier significa congregarse en un mismo espacio de escritura, como él reúne lo separado ("Del árbol de la tarde cereza o manzana eres"), sus "bienes" con los "talismanes" de Borges. Encontrar las analogías secretas veladas por las diferencias patentes:

NO: sino porque *cuero* *serlo* *en algún tiempo*
porro *que* *no es porro* *sino la tierra*
BIENES *verdadera que en*
nuestro presente existe
recordando

Jorge Teillier

"Todo lo que he perdido
volverá con las aves"
Jorge Guillén

Un libro de Edgar Poe, un pasaje de tren,
un remolino, un llavero sin llaves, una manta
araucana, un calendario, un jarro, un
payaso de trapo,
un mapa de Cautín, el retrato de un gato,
una maleta vieja, una peineta, una camisa
negra,
un programa del Hípico, un poema inconcluso, una
ficha de teléfono, un disco de Zarah
Leander,
un puñado de cartas, la torre del Tarot, un alfil
blanco, un revólver sin nuez, una manzana.

TALISMANES

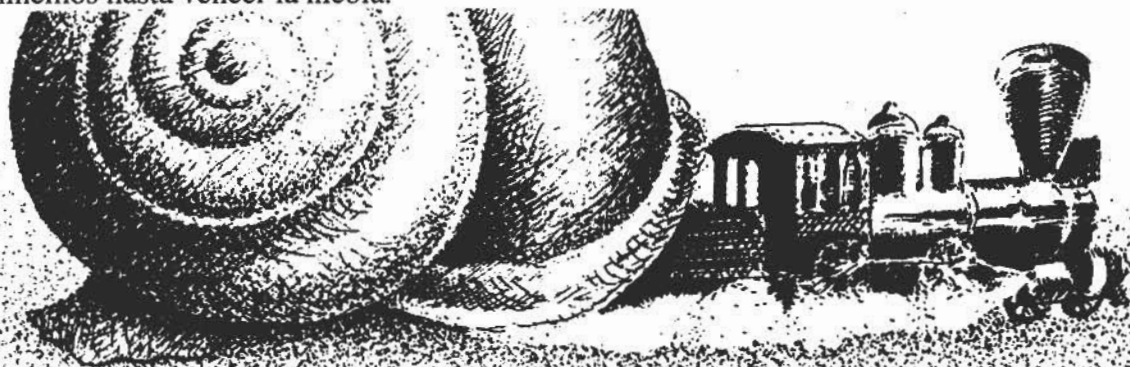
Jorge Luis Borges

Un ejemplar de la primera edición de la *Edda Islandorum* de Snorri, impresa en Dinamarca.
Los cinco tomos de la obra de Schopenhauer.
Los dos tomos de las *Odiseas* de Chapman.
Una espada que guerreó en el desierto.
Un mate con un pie de serpientes que mi bisabuelo trajo de Lima.
Un prisma de cristal.
Unos daguerrotipos borrosos.
Un globo terráqueo de madera que me dio Cecilia Ingenieros y que fue de su padre.
Un bastón de puño encorvado que anduvo por las llanuras de América, por Colombia y por Texas.
Varios cilindros de metal con diplomas.
La toga y el birrete de un doctorado.
Las Empresas de Saavedra Fajardo, en olorosa pasta española.
La memoria de una mañana.
Líneas de Virgilio y de Frost.
La voz de Macedonio Fernández.
El amor o el diálogo de unos pocos.
Ciertamente son talismanes, pero de nada sirven contra la sombra que no puedo nombrar, contra la sombra que no debo nombrar.

Leer a Teillier significa, por último, descubrir la conjura de los POETAS para caminar hasta vencer la niebla. La conjura nombrada por el mismo Teillier en *Para un pueblo fantasma* (1978), cuando habla a Antonio Machado, el hermano mayor con cuya obra vuelve a soñar caminos de la tarde:

Hoy ha llegado el tiempo del destierro/ y tú estás con nosotros./ Tú nos das a beber/ vino nuevo en odres viejos, / hermano mayor mal vestido y triste, / borracho melancólico/ guitarrista, lunático, poeta. Quien escucha tu voz oye hoy la propia./ Caminemos hasta vencer la niebla./ No has trabajado para el polvo y para el viento (Septiembre 19 , 1974)

Caminemos hasta vencer la niebla.

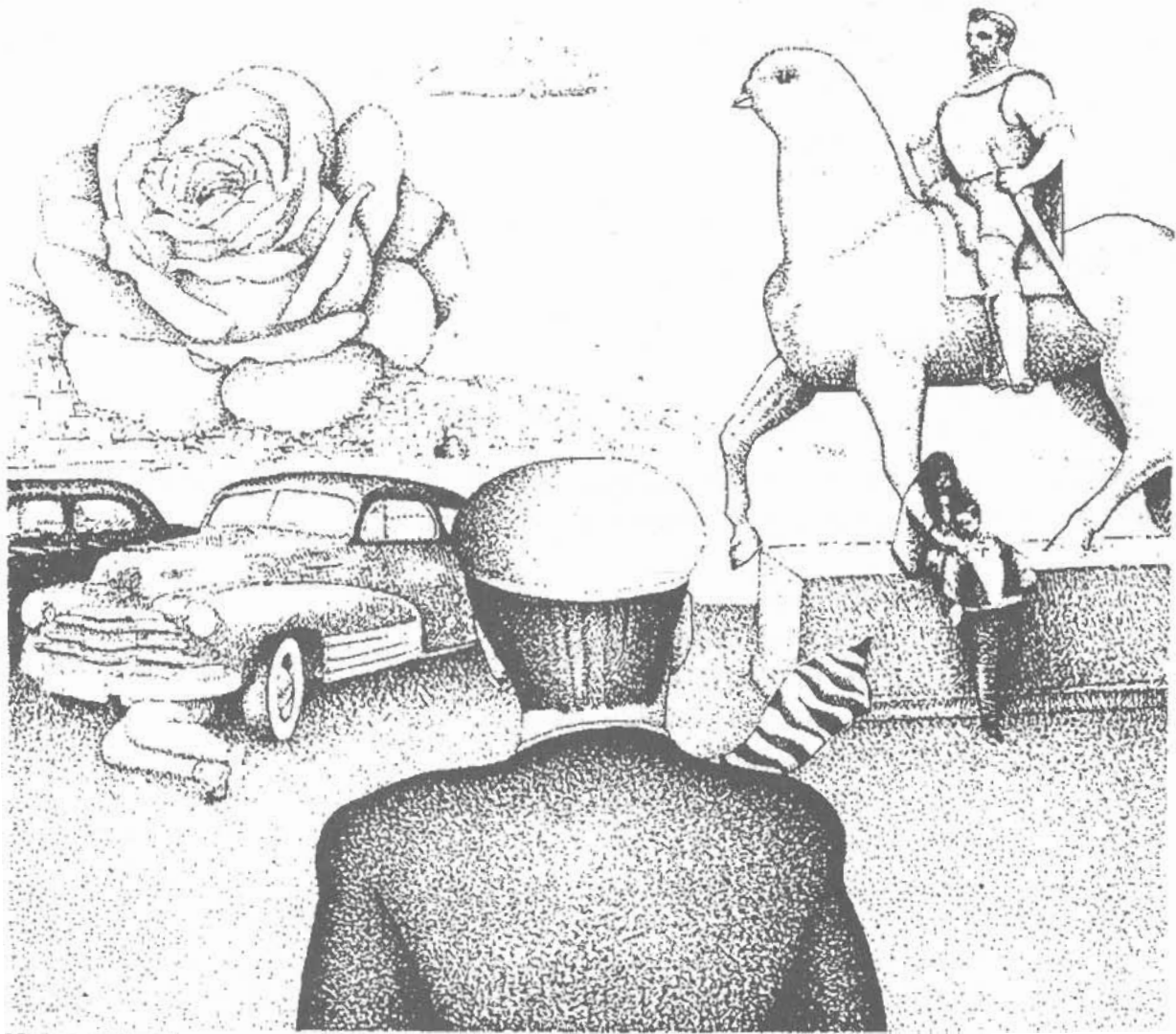


"La Estación del Tiempo"

no has trabajado para el polvo y para el
viento,
pero ellos son nos fuertes que el trabajo
y la misma palabra ^{promesa} en día sera
polvo y viento
donde nadie leera?
otro mundo, otra tierra, carpenteros,
otras tierras,
donde los miseros poriron
lo - 26 - que nunca se conoce

Somos
los romanos de una época
indiferente de su destino mundial.

— 0 —



Uno de mis recuerdos más persistentes de Jorge Teillier, misteriosamente (como todo lo que lo rodea), se relaciona con uno de sus poemas breves y, en forma reveladora, en Lautaro, donde me había invitado con mi polola a pasar ese verano de los años 56 o 57. Estamos a orillas de una pequeña laguna, a pocas cuabras de su casa, en ese pueblo semirrural con mucho olor a campo, entre construcciones de madera y tejas, calles de tierra y algún cureña caminando o que sale o entra a uno de sus bares. Pueblo evanescente y mediatizado por un aire que alejaba de la realidad y creaba un clima propicio a la melancolía y a un cierto desgano contemplativo.

De la lagunilla salían lanzas de totoras, a poca distancia asomaban unos girasoles, y en lo alto cruzaban parejas de patos.

De pronto, un caballo viejo asomó su cabeza.

Ya estaba hecho el poema, faltaba escribirlo.

Pero años después, luego de una larga temporada en los Estados Unidos, leo el poema en uno de sus libros aparecidos durante mi ausencia: *Muertes y Maravillas*:

Sentado en el fondo del patio
trato de pensar qué haré en el futuro,
pero sigo el vuelo del moscardón
cuyo oro es el único que podría atrapar,
y pierdo el tiempo saludando al caballo
al que puse nombre un mediodía de infancia
y que ahora asoma
su triste cabeza entre los geranios.

En este poema, que mucho recuerda a los poetas chinos de la dinastía Tang, Li Bo, Du Fu y Bo Juyi, por la serenidad y la autocomplacencia ante una realidad que se detiene y se vuelve poesía por el sólo ángulo desde la cual se contempla, me di cuenta después, se explicaba gran parte de la obra de Teillier, que desde nuestros años de estudiante en el Instituto Pedagógico, estaba siempre llegando o partiendo hacia otro mundo, acompañado siempre de su mejor e inseparable compañero: el libro.

Insisto en que ya el poema anterior se haya configurado una filosofía de la existencia, una ontología como en todo gran poeta, una manera de jerarquizar y transmitir valores sensoriales, espirituales y éticos que dan sentido y organizan la vida. En los primeros versos aparece esa nota contemplativa, ese desgano existencial que lo acompañará hasta sus últimos días: “Sentado en el fondo del patio/ trato de pensar qué haré en el futuro”. Pero esta decisión no persiste, es rápidamente olvidada por algo nada de práctico, lejos de cualquier programación del futuro y más cerca del misterio que esconde las cosas, los insectos, los animales. Y por eso dice, “Pero pierdo mi tiempo mirando los moscardones/ cuyo oro es el único que podría alcanzar/”. Pero en ese *pierdo mi tiempo*, está implícito *gano mi tiempo*, pues es el tiempo del poeta, el que se gana para los sentidos, para el espíritu, para la vida, el que realmente se valoriza, *se aprovecha* “mirando los moscardones”. Este niño que *pajarea filosóficamente* en el fondo del patio, permanecerá aquí para siempre, este adolescente que sólo se interesa por el oro de los moscardones y ningún otro, y por el caballo al cual puso “nombre un oscuro mediodía de infancia”. En los versos anteriores se percibe un sentido autárquico, epicúreo, autosuficiente, valores que se expresan en su contacto con las manifestaciones más simples de la realidad externa. Pero igualmente aquí se expresa su atracción por el pasado en forma de nostalgia, “que puse nombre un oscuro mediodía de infancia”. El apenas adolescente, añora ya el pasado de la niñez.

Como vemos, se privilegia lo simple: un moscardón, la pobre cabeza de un caballo entre los geranios. Toda una poética, una estética concentrada en siete versos directos y sencillos, donde encontramos sólo una metáfora: el brillo del moscardón igual al oro, que será su instrumento lírico más habitual a través de toda su poesía.

En su primer libro, *Para ángeles y gorriones* ya figuran poemas como “sentados frente al fuego”, donde se percibe esa misma actitud contemplativa, tal como dice en el siguiente cuarteto:

Sentado frente al fuego que envejece
miro su rostro sin decir palabra.
Miro el jarro de greda donde aún queda vino,
miro nuestras sombras movidas por las llamas.

En otra oportunidad estamos en su casa en Santiago. Se encuentran Carlos de Rokha, Teófilo Cid, Elio Rodríguez, Eduardo Molina, Armando Cassícoli, sus habituales amigos. Ya de madrugada veo a Enrique Lihn que se golpea obcecadamente la cabeza en una pared, pues en una competencia sobre conocimiento de poetas, estimulada por la hora y la cerveza, Jorge nos agobió, sin estrépito, como jugando, con diversos nombres de autores europeos hasta de tercero y cuarto orden.

No cabe duda, toda obra surge en forma más o menos indirecta, de la suma de muchos aspectos de la personalidad, pero hay algunos que se detectan fácilmente y éste es el caso de Jorge Teillier: espíritu

evasivo, soñador lúcido de un presente que se le vuelve pasado y que para existir necesita de innumerables lecturas (es capaz de leer un libro de quinientas páginas en un par de días) como el hipopótamo del agua.

Una realidad que se sustituye por la memoria y la fantasía para hacerla más respirable, es el campo de batalla de este poeta que ha construido con la espontaneidad con que la araña fabrica su telar, un mundo que desde el primero al último libro se desarrolla orgánicamente, de dentro hacia afuera con una legalidad fisiológica.

En la antología de nueve libros que publicó Fondo de Cultura Económica resulta fácil comprobarlo: su mundo se perfila, insólita y tenazmente definitivo desde el primer libro, *Para ángeles y gorriones*. Insisto en esto, ya que es raro que un poeta muestre su completa madurez temática y formal en su primera publicación. No ocurrió así en los grandes: ni en Neruda ni en Huidobro, tal vez, en la Mistral que se define plenamente en *Sonetos de la muerte*.

Característica de Teillier es igualmente una extremada tolerancia. Fue amigo y admirado por Miguel Serrano que profesa la fe del nazismo, y valoraba todas las formas y actitudes frente a la vida y al arte, pero a la vez tuvo certezas incommovibles frente a su propia poesía, a la sociedad y a su forma de vida.

Si leemos con atención el primer poema de esa antología y los últimos poemas inéditos, hallaremos sólo diferencias de grados: mayor candor en los primeros, más desencanto y melancolía en los últimos, pero es siempre el mismo poema desde el primero al último libro.

El mismo poema, la misma actitud ante una realidad que es apenas tolerada. Es aquí donde se mueve su lírica, este es el territorio, el coto de caza que cerca y puebla de duendes, de objetos de otras épocas, de testimonios del pasado, de referencias a revistas, actores, deportistas, música y cine de otros tiempos. Este alumno del pedagógico en la asignatura de historia que nunca se tituló, pero cuya cátedra ejerció día a día con sus crónicas líricas, nos entregó a lo largo de su vida la otra historia, la interior, la de los sueños, de las ansias por eternizar un mundo que la otra historia, la real, destruye y envilece. Lo consideramos por esto, un *historiador mágico*.

Cuando la forma de los árboles
ya no es sino el leve recuerdo de su forma,
una mentira inventada
por la turbia memoria del otoño.

He aquí su poética a la cual se ceñirá con creciente tezón hasta sus últimos libros, aun aquellos poemas que implican una relación con la sociedad y con la historia, tal como el que sigue:

Para mí encender la lámpara era el faro que guiaría nuestra unión
Pero de pronto apareció en el cielo
el signo de los peces divergentes
que entonces no sabía descifrar,
porque creía que iba a encontrar un alma como la mía.

Este poema se titula “Antes del desorden”, es decir, antes de la intervención militar. ¡Qué hecho más contundente real!, sin embargo, Teillier lo soslaya en su aspecto realista y lo convierte en símbolo, en alegoría, lo tiñe de suspicacia, de ambigüedad, de irrealdad. Es su poética y de aquí no se ha movido, ha sido de una consecuencia admirable con sus temas y su forma inicial. Encontró este afortunado poeta la simetría verbal de su respiración de una vez, en forma definitiva, y jamás ha pretendido cambiarla conforme a las modas de última hora. Y con estos instrumentos tan simples, una sintaxis que sigue las sinuosidades y el ritmo de su andar y de su ver por el mundo, nos ha entregado una poesía única en nuestro medio, que nos saca y libera del mundo cotidiano, haciéndonos revivir nuestros propios sueños, nostalgias y recuerdos. Poesía sin una brizna de retórica, de ampulosidad, de intelectualismo del que abundan otros grandes poetas nuestros. No la necesita, le basta con las imágenes y las metáforas tradicionales que enriquece, sí, procesando a su manera la rica imaginería huidobriana, con lo que rinde homenaje a la gran tradición poética chilena, aparte de la universal entre los que se cuentan Francis James, Miloz, Rimbaud, Trakl, la atmósfera encantada del *Gran Maulnes*, de Alain Fournier, que se percibe claramente en el poema *Twilight*, y muchos otros que atestiguan su insaciable sed de lecturas:

Cuando la tarde cierra sus párpados
de viajera fatigada
y los rieles ya se pierden
bajo el hollón de la oscuridad.

Aquí se siente una reminiscencia del creacionismo, pero reelaborada. Desde el punto de vista de la instrumentación verbal, la metáfora es el principal medio poético de Teillier. Lo demás viene del punto de vista, de la estrategia de la mirada, de la concepción espiritual y ontológica de su poesía. El mismo nos lo dice en un poema de su libro *Muertes y Maravillas*, el dedicado a René-Guy Cadou (1920-1950):

Tú sabías que la poesía debe ser usual *como el cielo que nos desborda*
que no significa nada si no permite a los hombres acercarse y conocerse.
La poesía debe ser una moneda cotidiana
y debe estar sobre todas las mesas
como el canto de la jarra de vino que ilumina los caminos del domingo.

Como vemos todo es simple, cotidiano, modesto en esta poesía, pero a la vez con una sabiduría milenaria, con una inteligencia y cultura que está en los intersticios, en la recámara, que no se muestra. Por eso le bastan sólo algunos versos para dejarnos pensativos, asombrados ante el imprevisto espacio espiritual que nos abre:

Las primeras luciérnagas:
un niño corre a buscarlas
para su amigo enfermo.

Debemos a Teillier no sólo el encanto maravilloso e inconfundible de su gran poesía, sino la creación de un nuevo sur, que se agrega, por supuesto, al que había instaurado a comienzos de siglo, Neruda y Juvencio Valle, poeta éste de los bosques y de los pájaros. Pero el sur de Teillier es un sur mítico, mágico, poblado de nostalgia, pero a la vez hecho de historia y de la crónica, aunque detenido en una pureza infantil, pero a la vez cruzada por el dramatismo de la vida, por su amor por los seres marginales, por los bebedores que se esconden de sí mismos, de un pasado que nos ayuda a vivir, transformar y comprender un mundo nada de idílico. Igualmente Teillier ha valorado y comprendido el aporte espiritual de los mapuches que le viene de los colonos franceses en la Frontera. Basta recordar el poema "Pascual Cona recuerda":

Conozco las estrellas:
la estrella-carreta, el corral del ganado
el tirador, el rastro del avestruz, el boleado
el montón de papas o la gallina con polvos,
el pellejo oscuro, el camino de hadas.

En este sentido, su valor no es sólo estético sino antropológico, cultural. El sur de Chile luego de la poesía de teillier no es más el mismo: queramoslo o no, lo vemos a través de sus ojos, de su obra: ni los trenes, ni los bares, ni las casas, ni los indios, ni el paisaje son para nosotros ya realidades objetivas: están cargados y atravesados por su lírica. Veamos en el poema *Crónica del forastero*:

Vives frente al molino,
La mañana está llena de carretas cargadas de trigo hasta el cielo.
El polvillo de la molienda inunda el patio.
los mapuches pacientes esperan vender su escaso trigo.

Por eso dice en otra parte: "Ninguna ciudad es más grande que mis sueños", y en un poema de *Para un pueblo fantasma*, publicado 24 años después de su primer libro, en 1978, su posición ante la vida permanece inalterable, tal como el poema citado al comienzo.

Como vemos todo es simple, cotidiano, modesto en esta poesía, pero a la vez con una sabiduría milenaria, con una inteligencia y cultura que está en los intersticios, en la recámara, que no se muestra. Por eso le bastan sólo algunos versos para dejarnos pensativos, asombrados ante el imprevisto espacio espiritual que nos abre:

Las primeras luciérnagas:
un niño corre a buscarlas
para su amigo enfermo.

Debemos a Teillier no sólo el encanto maravilloso e inconfundible de su gran poesía, sino la creación de un nuevo sur, que se agrega, por supuesto, al que había instaurado a comienzos de siglo, Neruda y Juvencio Valle, poeta éste de los bosques y de los pájaros. Pero el sur de Teillier es un sur mítico, mágico, poblado de nostalgia, pero a la vez hecho de historia y de la crónica, aunque detenido en una pureza infantil, pero a la vez cruzada por el dramatismo de la vida, por su amor por los seres marginales, por los bebedores que se esconden de sí mismos, de un pasado que nos ayuda a vivir, transformar y comprender un mundo nada de idílico. Igualmente Teillier ha valorado y comprendido el aporte espiritual de los mapuches que le viene de los colonos franceses en la Frontera. Basta recordar el poema "Pascual Cona recuerda":

Conozco las estrellas:
la estrella-carreta, el corral del ganado
el tirador, el rastro del avestruz, el boleado
el montón de papas o la gallina con polvos,
el pellejo oscuro, el camino de hadas.

En este sentido, su valor no es sólo estético sino antropológico, cultural. El sur de Chile luego de la poesía de teillier no es más el mismo: queramoslo o no, lo vemos a través de sus ojos, de su obra: ni los trenes, ni los bares, ni las casas, ni los indios, ni el paisaje son para nosotros ya realidades objetivas: están cargados y atravesados por su lírica. Veamos en el poema *Crónica del forastero*:

Vives frente al molino,
La mañana está llena de carretas cargadas de trigo hasta el cielo.
El polvillo de la molienda inunda el patio.
los mapuches pacientes esperan vender su escaso trigo.

Por eso dice en otra parte: "Ninguna ciudad es más grande que mis sueños", y en un poema de *Para un pueblo fantasma*, publicado 24 años después de su primer libro, en 1978, su posición ante la vida permanece inalterable, tal como el poema citado al comienzo.

Eso fue la felicidad:
dibujar en la escarcha figuras sin sentido
sabiendo que no durarían nada,
cortar una rama de pino
para escribir un instante nuestro nombre en la tierra húmeda
atrapar una plumilla de cardo
para detener la huida de toda estación.

Teillier democratizó la poesía, hizo participar en este banquete a los más sencillos de espíritu y de conocimiento: a jóvenes y hombres y mujeres de todas las edades. Leer la obra de Teillier es entrar a un mundo del que cuesta salir, pues luego el nuestro nos parece más precario y lúgubre, ahora más que nunca, pues volvemos a una realidad donde cada vez más añoramos la calma y sustancia de la vida de aldea y de ese otro universo intangible, pero perenne, de ese pasado que como dijo otro poeta: “es como un país extraño, donde suceden las cosas de otra manera”.





Recién comenzábamos a funcionar como Trilce, en el verano de 1964 cuando Jorge Teillier llegó a visitarnos a Valdivia. Venía acompañado por Ximena, su segunda mujer. Para nosotros era el encuentro con un maestro de la joven poesía chilena. Comenzó entonces una relación literaria y de amistad sureña que sólo quebraría su muerte, en abril de 1996. Cuando llegábamos a Santiago nos recibía en su oficina del segundo piso de la Casa Central de la U. de Chile, donde trabajaba para el Boletín bajo la dirección de Enrique Bello. Allá, como en la provincia, Teillier demostró siempre una cordialidad especial por sus amigos sureños. Cada vez que lo encontraba tenía la impresión -y a veces lo decía- de que era algo muy suyo: sus abuelos, sus antepasados sureños o un pedazo de tierra querida el que le llegaba:

Un amigo del sur me regala una manzana
demasiado hermosa para comerla de inmediato.
La tengo en mis manos: es pesada y redonda
como la tierra.

El agradecimiento era un vaso de vino en el Monterrey y en el Red Bar, la recomendación de algún libro y el regalo de revistas y publicaciones universitarias. Bebimos el penúltimo vaso a la salida de la Biblioteca Nacional, el día que Volodia Teitelboim cumplía 80 años. Allí tomé la fotografía que acompaña esta nota*, el 19 de marzo. Como venía para Aysén le pedí que escribiera en mi agenda una nota para el poeta León Ocqueteux. Quería traerle a nuestro vecino de Cochrane este saludo de su amigo de la Frontera, como él, en su propia letra ya debilitada por la enfermedad, el cansancio de vivir, el tedio de Santiago, del metro que nunca alcanzaba a tomar antes de las diez: Sé feliz mientras no puedas, le dice y fecha en el año de 1903 A.C. ese humor metafísico y melancólico, intemporal que es parte también de su poesía. "Tengo las uñas demasiado largas", dijo. Siempre estaba por irse a Cabildo, cerca de la Ligua, donde residía desde 1987 en una hermosa casa de campo de Cristina Wenke, su esposa y compañera de los últimos veinticinco años. De ese modo lo protegía de sus amigos del Bar Unión de la calle Nueva York, frecuente en su poesía y a quienes él mismo define como: mis amigos los inútiles, los gagnápiros, los cesantes de siempre. Allí, entre el dolor de los gatos y los perros de Cristina, bajo los paltos y viejos limoneros que un día pertenecieron a la Quintrala, Jorge Teillier ha regresado para siempre. Claro que a él le habría gustado regresar a su Lautaro de antaño, del que nunca debía haber salido, donde aún existe la casa de madera de dos pisos vendida por su hermano Iván, y donde Jorge y sus hermanos pasaron la infancia, los días del País de Nunca Jamás, el reino del paraíso perdido que se nos va al crecer y que sólo podremos recuperarla el día de la muerte.

La muerte nos dice que no existe
para que creamos en ella
y la llamemos.

Con admirable lucidez Jorge Teillier había escogido el camino de la vida-poética que no es utilitaria, ni práctica, ni siquiera saludable:

Sí, escierto, gasté mis codos en todos los mesones
Me amaron las doncellas y preferí a las putas
Tal vez nunca debiera haber dejado
El país de techos y de zinc y cercos de madera.

La sinceridad, la fuerza sutil y el deslumbramiento momentáneo que produce su poesía proviene del desgarramiento de una confesión cruda y a veces terrible, aceptada con resignación, fatalismo y lucidez. En los muchos años de tertulias y conversaciones no hubo tema en el que no entráramos para discutir y analizar esos “días sin huella” que no pasarían a ningún libro, que no quedarían sino en opacos y débiles testimonios dispersos en escritos perdidos. A veces tomábamos algunas notas para escribir su autobiografía: “A quien más admiro en mi familia es a mi tío Jorge, que llegó de Francia huyendo de la guerra a la que le tenía miedo, como yo. Mi padre era Gobernador de Lautaro en el año 73. Entonces apareció en las portadas de los diarios, entre los hombres más buscados del país. Algunos amigos lograron sacarlo hacia Santiago y asilarlo en una Embajada. Con Sara, mi madre y con mis hermanas se fueron a vivir a Rumanía”. La peregrinación de don Fernando y parte de su familia continúa después en Mozambique, donde se va a trabajar como contador, hasta su regreso a Chile con la democracia. Para morir, a los 84 años, poco después de su esposa Sara Sandoval, la madre del poeta. En 1992 había fallecido su hermano Iván Teillier, cuentista y poeta como él, a los cincuenta y dos años. Cuando le pregunto por sus muertos se lleva un dedo a los labios pidiendo silencio, mostrándome algún punto impreciso del cielo.

De nuevo vida y muerte se confunden
como en el patio de la casa
la entrada de las carretas
con el ruido del balde en el pozo.
De nuevo el cielo recuerda con odio
la herida del relámpago,
y los almendros no quieren pensar
en sus negras raíces.

Jorge Teillier tenía un desprecio casi olímpico por todo. Excepto por la belleza. Despreciaba los honores, los viajes, los servicios públicos. Perdía sus pasajes de invitación a Suecia, Cuba o Francia porque no le gustaba viajar. De esa manera había dejado su cargo, en 1974, como redactor del Boletín de la Universidad de Chile. “Simplemente dejé de ir”. Vivía de algunas crónicas y colaboraciones para la página gastronómica de El Mercurio, sobre temas relacionados con la poesía, los viajes y “los lugares metafísicos” como llamaba a los bares. Sus amigos de entonces fueron el poeta Rolando Cárdenas, Alvaro Ruiz, Ramón Díaz Eterovich, Carlos Olivárez, el poeta Eduardo Molina, el abogado Mardoqueo Cáceres, y una multitud de poetas jóvenes y estudiantes de liceo que llegaban a la Unión para entrevistarlos, conversar con él y hacer sus tareas.

Es un consenso nacional para los que le conocieron, que poseía una de las inteligencias más admirables del país. Su memoria había sido prodigiosa. Aprendió a leer antes de los tres años, en los libros de dibujos, en las novelas de Julio Verne, en las enciclopedias de la casa paterna. Y sobre todo en los almanaques 18 que repetía de memoria. Jorge Teillier llegó a tener el prestigio de la persona que sabía más cosas inútiles en el país, como las fechas del primer campeonato de box, los contrincantes de Joe Louis, la historia de Luis Vicentini, la biografía de José Santos Discépolo (El mundo fue y será una porquería, ya lo sé), la línea delantera del Colo Colo en el año 20, el descubrimiento del reloj de arena. Y por supuesto todo Carlos Gardel, puesto que había nacido el mismo día en que el zorzal criollo muere en el accidente de Medellín: el 24 de junio de 1936. Bajo el signo de cáncer: el signo de los depresivos, de los nostálgicos, de los errantes de siempre. Pues otra de sus pasiones de lector incansable fue la astrología, el zodíaco chian, el I-Chin. Y la historia, que había estudiado como carrera profesional en el Instituto Pedagógico. Entre las curiosidades de su mundo poético Teillier dejó libros de poesía hechos a mano, en ejemplar único sobre un cuaderno escolar, a menudo con recortes de dibujos o fotografías.

No cabe duda que toda esta conducta totalmente inusitada para una época cada vez más pragmática y utilitaria resultaba atractiva para una juventud decepcionada del quehacer del Chile de hoy y que busca alguna salida para el quehacer cultural poético que subyace en nuestra rica tradición literaria. Pero la gran influencia de su obra en la poesía joven y en la poesía del sur de Chile merece una explicación mucho mayor, pues es un fenómeno netamente literario. Se trata de la poesía como modo de vida, como manera de entender y enfrentarse a un mundo donde los valores de la belleza y de la verdad han sido desplazados:

Sí, nostalgias del Far West, nostalgia de rebaños
y trigales infinitos, de lunas azules
y de un tiempo sin tiempo.

Coyhaique, Octubre 1996

MARIO
RODRIGUEZ
FERNÁNDEZ

HOTEL NUBE:
La aldea lárca en ruinas

Hotel Nube, texto póstumo de Jorge Teillier editado por el poeta Omar Lara, es una combinación de poemas inéditos y otros publicados en libros anteriores, específicamente *El Molino y la Higuera* (1993) y *Para un pueblo fantasma* (1978)

Los tres títulos mencionados calzan con propiedad en las categorías básicas del mundo poético teilleriano. La idea del pasajero que recorre los pueblos fantasmales de la memoria en busca de un mundo arraigado en “otro tiempo” y en “otro espacio”: el del lar, donde el Molino y la Higuera junto a las nubes, son signos emblemáticos de la escritura de la semejanza que se inscribe dentro de la poética de la analogía.

La poesía de Teillier puede llamarse con entera propiedad “anológica”, en el sentido que propone Octavio Paz en *Los hijos del limo*. Para el autor de *Muertes y maravillas* la analogía, una suerte de abanico de correspondencias, es la forma que define ese mundo provinciano y rural que trata de rescatar por medio de una memoria nostálgica, que no sólo trabaja para recordar, sino para conseguir la permanencia viva del pasado. Revivir una realidad mágica, próxima al mito, en medio de la cotidianidad desoladora, verdadero terreno en ruinas del mundo moderno, es un gesto fundamental de la poesía lárca.

La tentativa de instalar un “mundo otro” - el de las analogía y correspondencias- en la modernidad nunca fue abandonada por Jorge Teillier, aunque en *Hotel Nube* se percibe una mayor amargura que tiende a desintegrar esa tan sostenida escritura de la semejanza, que hacía del poeta un “guardián del mito”, presente desde *Para ángeles y gorriones* (1956) hasta *Los dominios perdidos* (1994).

Hemos escrito una mayor amargura, porque lo amargo, entendido como el sentimiento que produce la convicción de que el mundo de la ilusión nostálgica se desintegra a cada momento de descuido o debilidad del guardián del mito, es en Teillier el compañero de ruta inseparable de la plenitud que generan en su poesía el “esplendor de la hierba”, las “islas de luz que flotan sobre el pasto” o las manzanas del sur “ pesadas y redondas como la tierra”.

En este sentido, podemos afirmar que en el mismo centro de la aldea, recreada y encantada por el poeta lárca, está instalada la desdicha, la desilusión, royendo incansablemente los cimientos del mito.

Hotel Nube acentúa este movimiento de desintegración, claramente expresado en el poema “Hay un espejo colgando en una pared rota”, en el que la casa inmemorial, desvencijada y sombría, ha perdido sus poderes de hacer habitable el mundo.

Esta crisis de la analogía que, precisamente, volvía habitable el mundo, al mostrar que la realidad no estaba regida por el azar y el capricho, sino por el ritmo y sus repeticiones:

Es el mismo de otro siglo el gesto del campesino al
descargar un saco de trigo.
 (“Crónica del forastero”)

No es, sin embargo, total. Persiste a pesar de todo ese mundo que trató de habitar Teillier: un “teatro lleno de acordes y repeticiones en que todas las excepciones, inclusive la de ser hombre, encuentran su doble y correspondencia”.

La crisis de la escritura de la semejanza- crisis que siempre estuvo latente en la poesía teilleireana - pretende con mayor fuerza en H.N. desarraigar al poeta del tiempo inmemorial y del espacio del lar, lanzándolo al mundo del presente, donde su casa ya no es el lugar de los acordes producidos entre el fuego doméstico, la lámpara y los ratones que en la noche corren sobre las vigas de madera del techo, sino que ahora está en cualquier lugar del mundo (“Mi casa está en cualquier lugar del mundo”), sin conseguirlo del todo, aunque *Hotel Nube* expresa con mayor dolor que en los textos anteriores, que en el centro de la aldea lárca, en el centro de la analogía, hay un hueco: el de la ausencia, la pérdida, la muerte; y que no hay manera de llenar ese vacío, cuyo otro nombre es desdicha, conciencia de finitud.

Frente a ello, qué otra cosa puede ser la poesía sino “un puñado de cerezas, un susurro -¿para quién?- entre una y otra oscuridad”.

EN CADA
ESTACION
DE TU POESIA

A la memoria de Jorge Teillier

Lejos del molino y de la higuera
El otoño deja caer
Su última hoja
Su más querida hoja

Los trenes que viajan a ninguna parte
Te escriben breves cartas de amor
La lluvia cobija tu risa pajarera
En algún polvoriento camino rural
Y el cálido leño de la memoria
Guarda esas pequeñas palabras que volaron sin edad
De tus manos húmedas de tierra
En cualquier mesa
En cualquier pueblo

Lejos del molino y de la higuera
La muerte corre veloz
A beber de un sólo trago
La luz de tus ojos
En cada estación de tu poesía

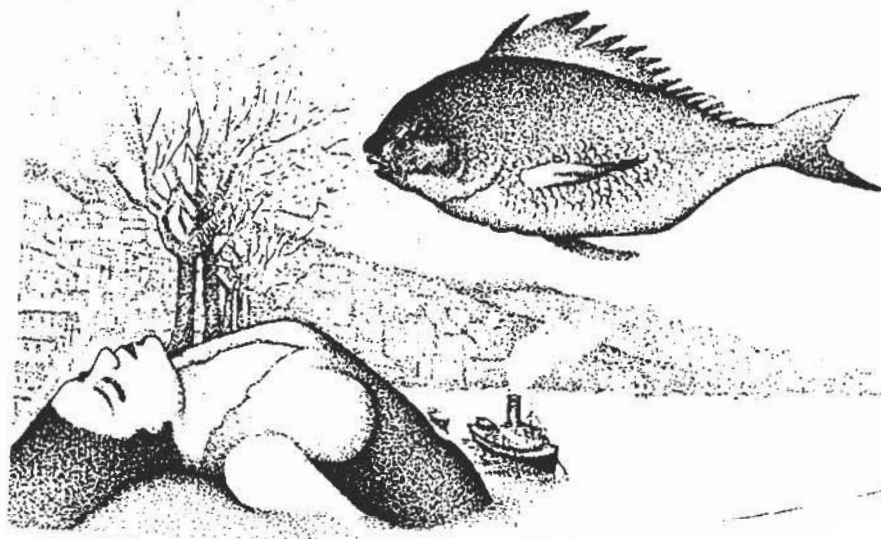
He aquí un lugar, un huerto personal de sangre y calcio donde vivir hasta el momento de dormir sin despertar, ordenado el lecho donde el YO reposará.

Y así, una vez bajo la tierra, viene el tiempo de la imagen. La imagen, el fantasma, que como un espejo oscuro muestra los signos del recuerdo. A disposición de las voluntades y los mitos, a disposición de los deseos, a disposición de quienes prefiguran una historia donde el artista, el poeta, el escritor, es la moneda del país de la memoria. Estampas necesarias para el decorado del teatro en que el arte vive e imagina. Al final, una especie de ficción. Ficciones son los episodios de la vida de un artista, ficciones son sus "biografías", la presunta huella personal que deja a su paso y que luego atesoran los amigos. Algunas señas inscritas en papel, como el mensaje de Alguien traído por el mar en la botella. Algunas señas, que mientras más y más aguarden, permaneciendo en su reino literario, acumularán más laberintos sobre sí, más densidad, confeccionando una galería de reflejo inagotable. Algunas señas, escritas con la vocación de quien comparte el eco, la nostalgia, escritas muchas veces bajo una hora azul de atardecer. Algunas señas, que fueron pequeñas historias de resignación heroica ante una imagen de la vida: un rodar lento, hacia la destrucción final, un camino abajo hecho desde el momento de nacer, iluminado de cuando en cuando por la luz. Y esta luz, los instantes de cierta comprensión, en donde el juego de hacer marca el desaparecimiento de la muerte. Hasta que entonces pestañeas y como despertando un sueño adentro de otro sueño, vuelves a repetir una y otra vez una palabra. Y terminas escribiéndola, amplificada, disfrazada de más y más palabras como haciendo en su substancia el camino de tus días. Ahora viene el tiempo de la imagen, del recuerdo. Un obra, una persona. Ambas ficciones. Quedan unos signos, extensamente dispuestos conformando letras, sílabas y frases encima de un papel. En ellos buscaremos la posibilidad de un ensueño que nos diga y nos permita mantener, mostrar: "Ahí está el arte". Ah, sí, ahí está el arte, en este orden de palabras, en estas imágenes del alma en una mañana azul, dorada, entre visajes de humo y leña. Pero ahora, como siempre, no hay humo, leña, ni mañana. Entrecerrando los ojos, recuerdo las voces de los niños. Alguien corre de pantalón corto sobre un sendero de grava desdibujado por la lluvia. Como un gemelo de Funes, el memorioso, alguien que lee cierra el libro y recuerda un mundo ido para siempre: lo reconstruye lentamente atesorando cada imagen que ha quedado encerrada como la pulpa de una nuez en las palabras. "Esto es aquello" dice la gramática, y "aquello es eso otro", la invitación que hace al mundo por los nombres crece y todo se alista para el Teatro de la luz. Identidad, identidad, "qué es eso," alguien pregunta, pero pasa el tiempo y ya no hay nadie, sólo espacio incomprensible, niebla sobre el agua en una pintura ciega. Alguien que lee, encerrado en la alquimia del lenguaje vuelve a crear al escritor. Pasarán los años los años y un día serás tierra. A los muertos que aún amamos se les honra en el silencio y la intimidad.

“ Se murió en mitad de un verso”
Gerardo Diego

Todos los dibujos lloran por Teillier (que era un gato más). Mañana lo entierran, mañana será un día muy extraño. Pero ahora, en esta noche, mi deber es escribir sobre su presencia que no se borra con la muerte.

Tuve el privilegio de su amistad incomparable, porque Jorge Teillier así lo quiso. Y le debo tanto, que frente a mis manos desaparecen las palabras. Lo veo jugando con mis hijos; lo escucho hablando de Montale con una lucidez que todo lo aclaraba. Y realmente seguir ya no se puede. El gran amigo, el gran poeta ha muerto; y el presente es un ataúd lejano, una noche que descubre ciertos ruidos, un dolor que necesita soledad.



En Temuco, Jorge Teillier se siente en casa. Allí lo ví con motivo del Encuentro en la Palabra, interesante y novedosa iniciativa que convocó a una cincuentena de poetas, narradores, críticos, periodistas y curiosos del tema mapuche. Porque de eso se trataba. Reflexionar sobre unas relaciones no siempre apacibles ni aclaradas. En las calles de Temuco, de un sábado después de la lluvia, nos encaminamos desde el hotel hasta la Biblioteca Municipal, hoy Centro Cultural temuquense.

- Es un regreso doblemente emotivo, nos dice el poeta. Porque estoy participando en este Encuentro de tanta trascendencia y porque puedo caminar por esta ciudad muy querida para mí, después de tantos años. Aunque en 1982 estuve aquí, recuerda Jorge, invitado por el alcalde Germán Becquer, en el Centenario de Temuco. Me gusta el aire que se respira ahora en la Frontera, un aire más relajado. El mismo encuentro con los hermanos mapuches es una afirmación de este sentido nuevo. Ellos han expresado, con diferentes matices, su aislamiento cultural y el prejuicio racial que existe en Chile, un prejuicio racial que nosotros ocultamos hipócritamente. Volviendo a las sesiones del encuentro, para mí ha sido una sorpresa descubrir a tantos mapuches que se expresan poéticamente en su idioma, con mucha dignidad y mucha conciencia de sí mismos. Yo le concedo una enorme importancia a este hecho, creo que a través de la poesía el mapuche ha podido expresar su profundo espíritu telúrico y volver a sus raíces. Escuché a una niña de siete años recitar un hermoso poema en su lengua, lo que quiere decir que están conservando su tradición idiomática que de algún modo nosotros les hemos ido quitando. En Santiago, por ejemplo, los mapuches se resisten a revelar su origen, dicen que no saben su idioma, que no lo han aprendido, se cambian de apellido, y esto porque los segregan en los trabajos, en los colegios. Nuestro concepto del mapuche no es ya el concepto glorioso de los héroes de La Araucana...Por otra parte, como ya lo han detectado muchos genetistas o investigadores del genio de un Alejandro Lipchutz, es claro que todos tenemos en Chile una sangre bastante mezclada. Eso de creernos los ingleses de América no pasa de ser un mal chiste.

El tema vuelve y vuelve en nuestra caminata de la mañana sureña. Nos encontramos con varios amigos mapuches participantes del encuentro, de paso nos hemos detenido en una muestra plástica de artistas mapuches de la zona. Comentamos la falta de oportunidades que tienen nuestros hermanos de la tierra para dar a conocer su obra, fuera de algunas excepciones contadas con los dedos de una mano. Le pregunto a Jorge si un encuentro como éste tiene verdadera importancia y trascendencia.

- Generalmente se piensa que la acción poética es ineficaz, que es sólo palabra y algo así como un lujo. Pero en verdad es necesaria- señala -Yo creo que a través de la labor de sus cantores, exponentes muy propios de los pueblos que, como el mapuche, se expresan oralmente, van a tener conciencia de que son un pueblo de gran dignidad, creadores de cultura y testimonios que alguna vez podrán entregarnos en toda su plenitud y magnitud. Fíjate que el único poeta mapuche que aparece en una antología chilena es de apellido Kalfún, en la antología “Selva Lírica”, de 1917.

En reuniones precedentes hemos escuchado un número asombroso de mapuches recitando, ya en su lengua ya en castellano, hermosas composiciones, muchas de ellas de alta calidad. Varios de esos autores, comento con Jorge, deberían figurar en cualquier muestra de poesía nacional, indiferentemente de procedencias o lenguas. Por otra parte, esta preponderancia de la oralidad (todavía) del idioma mapuche, le da a sus versos una marcada solemnidad, una fuerza expresiva singular.

- Por supuesto, indica Jorge, no la podemos mirar de ninguna manera como una poesía pintoresca sino como una poesía que expresa un alma a la cual nosotros también debemos acceder. Esa poesía nos trae un mensaje, y bien dices tú que en una antología futura deben aparecer poetas mapuches, entre los que los hay realmente excelentes. Como una muestra nombremos solamente a los más destacados como son Elicura Chihuailaf o Leonel Lienlaf, éste último el primer mapuche que ha ganado un premio nacional en toda la historia de la literatura chilena, como lo es el Premio Municipal de Santiago. En una antología deberían aparecer incluso bilingües.

Estamos frente al Centro Cultural de Temuco donde está próxima a iniciarse una de las última reuniones de este encuentro. Vemos a Jorge Guzmán, el brillante autor de “Ay, Mamá Inés”, vemos a Isidora Aguirre, siempre activa y estimulante, vemos a Jaime Valdivieso, uno de los organizadores de estas jornadas, vemos a Armando Uribe Arce, ceremonial y oscuro, y vemos a muchos jóvenes que hacen todo lo posible por intercalar algún saludo, una pregunta o una respuesta. Aludo al hecho. Jorge, le digo, impresiona tu comunicación con los jóvenes, con los poetas y con los que leen la poesía.

- Eso que dices lo siento así y es un hecho que me halaga mucho. Me ha ayudado enormemente a sobreponerme a ciertas crisis. Estoy recibiendo, es cierto, mucha acogida de un público joven, que para mí es muy sorpresiva, porque ellos no solamente aprecian mi poesía sino una actitud de dignidad -dignidad poética, claro -que yo he logrado conservar en todos estos años. Y que mi mensaje, que no es el mensaje habitual, a través de un lenguaje que yo considero un poco secreto, ha llegado a mucha gente, a jóvenes que me escriben de todas partes, que me van a visitar al campo donde resido, frente al molino de la Quintrala. A mí me parece que en poesía caben todas las tendencias y que una que yo cultivo, a pesar de mí mismo o conscientemente, está llegando también a un inconsciente colectivo juvenil.

Interrumpo a Jorge y le cuento mi propia experiencia con los jóvenes poetas que conozco y entre los cuales he detectado prácticamente unanimidad en cuanto a la recepción de la obra teillierana. ¿Qué significa esto para ti?

- Significa que estoy interpretando un sentir joven y puede ser, te repito, el inconsciente colectivo que aspira a superar un mundo que está en destrucción. A mi poesía la han tachado de decadente y apartada de la realidad, pero yo creo que no es así. Mi poesía es la aspiración a una utopía, y las utopías están vigentes; también puedo decirte que para mí es un orgullo -un modesto orgullo, como dicen los hipócritas- porque conmigo están todos los amigos de la Frontera, empezando por Omar Lara, que, claro, no hace la poesía al modo de mi poesía pero es una poesía que tiene también un profundo origen en la tierra. Por lo tanto nosotros vamos a ser recordados no como poetas provincianos o locales sino como poetas que estamos expresando algo que la juventud definitivamente busca. La juventud no busca maestros ni guías sino busca a quién interprete lo que ellos todavía no saben buscar. No está demás decir que los jóvenes, en este mundo del consumismo, están desorientados, en un mundo de fantasías y fantasmagorías; pero son lúcidos y buscan algo más profundo que no sea la expresión de lo externo; no lo que constituya una simple denuncia sino que entrañe un enriquecimiento interior.

- Así es, asentimos. Y en la despedida, solicitamos a Jorge un mensaje, una palabra, un consejo para el cada vez más amplio público joven que sigue su poesía.

- Creo que los jóvenes que escriben poesía deben tener una conciencia que son necesarios, que no están haciendo una labor inútil, que no es un esfuerzo solitario o estéril, que no es una simple palabra de protesta, sino una más significativa afirmación de sí mismos, es decir, afirmación de un ser frente a una sociedad que les impone modelos de destrucción o desesperanza. Que ellos deben expresar, al contrario, una esperanza, creer realmente en las utopías y que como poetas deben trabajar en su creación a pesar de todas las dificultades que conocemos, dificultades editoriales, de comunicación entre ellos y entre ellos y la sociedad, y ganar para sí un sentido colectivo, como los que tuvieron los poetas del grupo Trilce, el grupo Arúspide, el grupo Tebaida, en la década de los sesenta y comienzos de los setenta. Que tomen conciencia de esto, que la poesía chilena tiene una historia no desdeñable de experiencias y ejemplos válidos y que, por sobre todo, sean leales a su vocación, si la tienen, o que descubran su vocación y la desarrollen, contra todas las dificultades.

Junio de 1994

Nunca sabremos cuando será la última vez que estemos con las personas, ni cuando le tocará a uno mismo estar ausente. Lo cierto es que la noche del 22 de marzo, nos había convocado a una lectura en Providencia la Sociedad de Escritores de Chile. Fue una oportunidad memorable; para nosotros llena de estímulos y aplausos, pero fue también la última que tuvimos para escuchar y aplaudir la bella poesía de Jorge Teillier, nuestro amigo de la irrepetible juventud.

Hacia la década del cincuenta habíamos llegado desde nuestras provincias a estudiar al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y al observarlo en el escenario del Centro Cultural de España, los resplandores de los años lejanos parecían iluminar el rostro de este poeta tan estimado. Siempre lo recordaremos solo o acompañado con Sibila paseando por los parque de Macul o bebiéndonos alguna cerveza en los bares del barrio. Y aunque él estudiaba historia y yo castellano, la poesía nos había unido en una amistad franca y verdadera como pocas se dan en el oficio. El venía con las cosas muy claras desde su Lautaro natal y era el arquetipo de poeta: frágil y delgado, soñador y distante, risueño, a veces, ensimismado y grave en ocasiones, memorioso y lúcido como pocos.

Nunca perdimos contacto por mucho tiempo porque, aunque estuviéramos en provincia, o Teillier llegaba a nuestras casa o nosotros, en algún viaje, pasábamos por su oficina del Boletín de la Universidad de Chile o por la “Unión Chica” que él tanto frecuentara. Juntos publicábamos un diario mural para difundir la poesía en un panel instalado en el edificio central del antiguo Pedagógico, y por su iniciativa se fundó, después, la revista “Orfeo,” en cuyos primeros números también colaboramos y se publicó la “Antología de Poetas Universitarios” (Editorial Universitaria, 1956).

Jorge era un poeta a tiempo completo y no dejó que otro trabajo, salvo su apetencia natural de saber, compartiera su oficio. Su consigna era vivir, soñar, leer y escribir. “Nunca he pensado escribir una poesía original, ni me tengo por un ser sin antepasados poéticos afirma en la autopresentación para su antología: “Muertes y Maravillas”. Y allí alude a sus antepasados preferidos: Francis James, Milocz, Antonio Machado, Esenin, Georg Trakl, entre otros. Sabemos que admiraba a Rilke, por afinidad y que una de sus novelas poéticas preferidas era “El gran Meaulnes” de Alain Fournier.

En otro lugar de ese mismo prólogo expresa: “Para mí la poesía es la lucha contra nuestro enemigo el tiempo, y un intento de integrarse a la muerte, de la cual tuve conciencia desde muy niño, a cuyo reino pertenezco desde muy niño, cuando sentía sus pasos subiendo la escalera que llevaba a la torre de la casa donde me encerraba a leer”.

Ahora Jorge está en ese reino al que todos terminaremos por pertenecer, encerrado en esa “secreta casa de la noche,” entregado a la tierra a la que cantó con maestría y emoción; mientras, tal vez allá en el sur, otro niño tembloroso suba esas escaleras y los cielos se derrumben en lluvias torrenciales sobre bosques oscuros, sobre aromos encendidos, sobre estaciones olvidadas.

SERGIO
HERNANDEZ

A
JORGE TEILLIER

In Memoriam

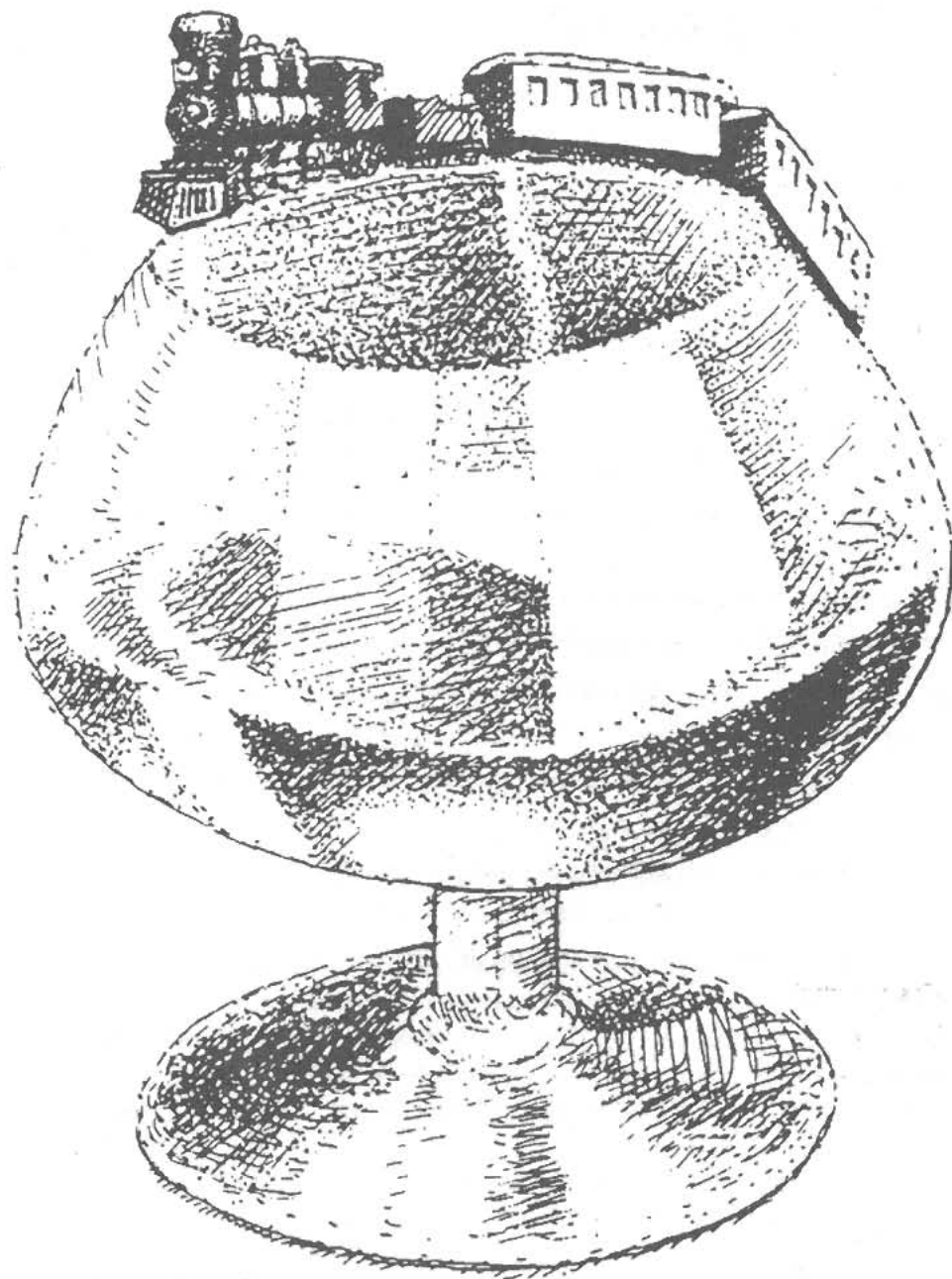
Pulsando sus mandolinos
y entonando sus cánticos,
los evangélicos
han cruzado la anocheciente
tarde de domingo.

Una nostalgia incierta
se ha quedado en nosotros
como las violetas moradas
del invierno

en tumbas olvidadas
y un rumor metafísico
se ha esparcido en el aire.

Pasó la plenitud
que nunca fuera tanta
unos pocos fulgores
ardiendo como ascuas
y unas gotas de pena
que van cayendo
al alma

algo se nos va yendo
en esta tarde amarga
y esas piedras que brillan
al fondo
de la infancia
fueron los días plenos
de la noche estrellada.



Jorge Teillier nació en Lautaro, el 24 de junio de 1935, día en que los mapuches celebran el Año Nuevo, y la misma fecha en que muere Carlos Gardel. Sus días siempre oscilaron bajo el hechizo del sur, el amor, la infancia y la muerte. Desde su primer libro "Para Angeles y gorriones" (Ediciones Puelche, 1956), hasta "Hotel Nube" (Ediciones Lar, 1996), mostró una coherencia irreductible en el tiempo, a pesar de que en algunos de sus últimos poemas aparece la aldea desintegrada por la transformación de nuestra historia. Hace sólo unos años, la escritora norteamericana Carolyne Wright, quién hizo la selección de los poemas de Jorge Teillier para la antología "In order talk with the dead (Austin, Texas, 1993), señaló que se había producido un cambio en la poesía de Teillier, donde dejaba de gravitar la contemplación desinteresada de la realidad, para dar paso a una contingencia vivida desde lo cotidiano. El poema que revela ese mundo "Todo está en blanco": "Todo está en blanco./ El alba reina en el reloj de pared./ Sus agujas se han detenido./ La sangre de mis venas es un lago en deshielo/ una muchacha se ahogaría al cruzarlo. ..." En "Hotel Nube", trata este tópico en el texto dedicado a su madre. También podríamos señalar que su poesía está casi desprovista de erotismo, aquí las amadas aparecen a la manera de Thomas Hardy en "La bienamada", es la búsqueda de que el tiempo se detenga, como su pariente Eliseo Diego cuando le dice a su mujer: "En ti nunca pasa el tiempo".

Sin lugar a dudas, Teillier va a ser leído en el próximo siglo, y fue tal vez el último testigo de un mundo, condenado a desaparecer, poblado de hadas, duendes, viajes en tren, cantantes de los años 30, y los caminos ripiados de la Frontera, donde su padre iba en un Dodge 30 a recorrer las reducciones mapuches.

Partió en el mes más cruel según T.S. Alliot en "Tierra Baldía". Recordemos a W.H. Auden: "Creí que el amor era eterno/ Me equivoqué/ Las estrellas no son deseadas ahora/ Apáguenlas todas/ Empaquen la luna/ y desarmen el sol/ Desborden el océano/ y levanten los bosques/ Ya que nada ahora/ puede tener sentido".

En su mundo personal, lo recuerdo junto al Gato Pedro: "Serio Budista Zen/ que mira la lluvia/ porque sabe que la lluvia existe". Aún voy con él por un camino de helechos, conversando de este mundo y el otro, ahí estaban Dylan Thomas, Edwards Lear, Alan Dugan, Francis Picabia, haciéndonos creer de nuevo en los milagros.

La poesía es espíritu: "No fue el helado viento/ quien marchitó las ramas./ Quien marchitó las ramas/ fui yo, que les conté mis sueños".

Jorge Teillier, en el Molino del Ingenio, lugar ubicado entre La Ligua y Cabildo, tenía su refugio rodeado de libros, fotos de Pierre Girard, Pablo Neruda, Eduardo Molina Ventura, un dibujo a lápiz hecho por su nieto, y a su abuelo francés a los 80 años en un bosque que tal vez ahora tiene su edad.

A mi amigo el poeta, el solitario como Rilke, el ángel rebelde que no era de este mundo; aún lo veo con los boxeadores, con los eximios del tango, con los vagabundos, con los que están fuera de la maquinaria del poder; le digo hasta la vista porque nos encontraremos de nuevo "viajando sin sorpresa/ por los trenes de la noche/ bajo unos párpados cerrados."

FRANCISCO
VEJAR

HOMENAJE A
JORGE TEILLIER

Vámonos a un pueblo de madera -me dijiste-
Mientras paseábamos por un sendero de buganvilias
Hoy recojo en tu nombre aquellas tardes
Y echo de menos la llave que perdiste en el canal de la luz
En esta ciudad que no existe para nosotros
Aquí a nadie le importa que hasta los parques nacen para morir
Y ahora que vuelvo a la vigilia de los sueños

Sé que has estado en Brocelandia
Y que la nieve al caer no te pidió pasaporte.

De mantener afuera del auto,
y no lo es
"antes".

JUAN
VILLAFañE

JORGE TEILLIER
EN MI EXPERIENCIA POETICA

*Ve, S. Ve Chile^s
el Toro alvalde
"distinto" de
este
agujero*

Texto leído en la presentación del libro *Hotel Nube*, el miércoles 13 de noviembre de 1996 en *LIBERARTE*, Bodega Cultural, Buenos Aires.

En los primeros años de la década del setenta, participaba del Taller Literario "Mario Jorge De'Lellis". El taller estaba dirigido por el poeta Jorge Ricardo Aulicino. Por esos años Aulicino viaja a Santiago y nos trae poemas de Jorge Teillier. Supongo que el libro de lecturas debería ser *MUERTE Y MARAVILLAS*, una antología que reunía la producción de Teillier entre los años 1953 y 1970. Seguramente que si todos los integrantes del taller volviéramos a encontrarnos, recordaríamos los trenes, el Profundo Sur, los Hoteles del Forastero, las muchachas, la pequeña aldea.

A pesar de acercarnos muchas veces a la poesía de Teillier en forma impresionista y ser esta la más directa y afectiva, la obra del poeta chileno permite para nosotros también otras lecturas. Lecturas posibles siempre en esa permanente lucha de textos y contextos. El regreso hoy a sus versos nos posibilita a la vez descubrir otros contextos y con veracidad³ y que hoy se dice: "va declinando con la civilización moderna"⁴. Se me ocurre otras luchas. El paisaje, siendo el mismo de siempre, puede ser distinto y el viaje también.

Se reivindicó muchas veces el interés de Teillier por la "transfiguración mítica de lo cotidiano"¹, en los lares², en su región, ese ámbito que el poeta había vivido entonces que se pueden hacer las siguientes preguntas: ¿Hasta dónde ese sitio, esa pequeña región, esa aldea, realmente declina? ¿No se ha transformado ese sitio en nuestro verdadero refugio? Paradojalmente nos han expulsado de la selva y regresamos a otra selva, a la verdadera, a la nuestra. Volvemos para "reconocer ese reino perdido y a restablecerlo en la memoria como un continuo presente."⁵

"El guardián del mito y de la imagen hasta que lleguen tiempos mejores"⁶, se propuso para sí mismo Jorge Teillier alguna vez. Se me ocurre que se ha despedido de nosotros desde ese sitio, como guardián. Si años atrás este gesto podría haber sido considerado un gesto conservador, hoy se parece mucho más a un acto vitalista.

En nuestro regreso a la selva, en nuestra expulsión, también están presentes los fragmentos modernos de una periferia. Fragmentos de los cuales nos hemos apoderado. En Jorge Teillier hay bordes, periferias de lo inconcluso, de los límites urbanos y rurales: “Islas de luz flotan sobre el pasto” -dice el poeta-, “Oigo lejanas campanas de iglesia de ciudad” -dice-. Todo el libro *Hotel Nube* es esa confrontación de paisajes y textos, con símbolos y apropiaciones, de una cultura tan al sur, como tan universal. En *Hotel Nube*, uno puede sentir las imágenes de Miguel Littin como los climas de Nikita Mijalkov, densidades complementarias que no configuran únicamente ese aire de provincia o esa metafísica del tiempo estable, inamovible. Hay sacudones de un mundo que se interrelaciona y que a la vez se fragmenta. Si el *tiempo estable* adquirió siempre su propia densidad y su propio tiempo en casi toda la obra de Jorge Teillier, pareciera que en *Hotel Nube* la superposición de nuevos viajes dieran no solo linealidad a su tiempo, sino también circularidad. Los viajes no son sólo los trenes y un calendario de sucesivas estaciones.

En su libro póstumo me sorprendió justamente la disposición de dos poemas, el poema “Hotel Nube” ubicado al principio, donde se relata el viaje de un hombre que escapa perseguido por “la policía de todo el mundo” y llega al Hotel Nube para salvarse, y el otro viaje, el Viaje en Globo, poema que suponemos incluye al propio Teillier, casi al final de el libro, donde el poeta indica:

“El sur ha muerto. Hay que encender las linternas”/
la nostalgia dispara sus últimos cartuchos.
Vámonos pronto
No importa que al fondo de lo desconocido
No haya nada nuevo.
Y no importa perderse en el azul siempre que sea
acompañado por una botella/

Acompañados por diablos azules/

Esta anatomía de los dos poemas: “Hotel Nube” y “Viaje en Globo”, sugieren otros viajes posibles. Pareciera que para Jorge Teillier hay otros viajes para este fin de siglo: tan hacia el fondo como tan hacia arriba, tan lineales como circulares y tan antiguos como nuevos.

Notas:

de 1 a 6, referencias de la presentación a Jorge Teillier en la *Antología de la Poesía Hispanoamericana Moderna*, Tomo II
(Monte Avila Editores Latinoamericana, Caracas, Venezuela, 1993 coordinación Guillermo Sucre)

A Jorge Teillier

Era ya de noche, cuando entré al Joe's Place,
Bogart estaba en la barra escuchando el viejo tema,
el cigarrillo colgante, el sombrero echado hacia atrás, pidiendo
otro Gin Tonic,
me senté a su lado en silencio,
me miró por el espejo y entredientes me dijo:
"es un trabajo de vagos el nuestro",
asentí callado,
cogió su impermeable arrugado y me lo pasó,
a ver si te queda chileno
te dejo con él algo de mi santidad de vagabundo,
puesto que estás de acuerdo conmigo
en lo que respecta al trabajo del artista.

HOMENAJE A TEILLIER

1.-

En abril de este año -primavera en Madrid, otoño en el hospital Gustavo Fricke de Viña del Mar- murió Jorge Teillier, uno de los grandes poetas chilenos del siglo: un desconocido en España.

Se diría que la poesía chilena empezó, para los españoles, con un manifiesto creacionista leído por Vicente Huidobro en esta misma sala del Ateneo de Madrid, en el año 1921; que sigue en ciertas tenues resonancias del premio Nobel de Gabriela Mistral, se impone con algunos libros magistrales del polifacético Neruda (poeta del amor, de la angustia, de la Guerra Civil, de América, y sobre todos -y en cada etapa- del Yo), y continúa hay en el coloquialismo y la feroz ironía de Nicanor Parra, y con la obra de Gonzalo Rojas, tan celebrada aquí en España. La poesía chilena es también, para un lector español, algunas pocas ediciones de Pablo de Rokha y Enrique Lihn, de Oscar Hahn y de Raúl Zurita.

El gran ausente de esta lista, el fantasma que la hace terriblemente incompleta, es Jorge Teillier, que nació en 1935 en un pueblo llamado Lautaro, en una zona del sur de Chile, llamada la Frontera...

2.-

Frontera es un confín: un límite que escinde territorios geográficos e imaginarios. En Chile, es el territorio situado a 700 kilómetros al sur de Santiago en pleno austro verde y torrencial, cuya constitución en frontera se debe a tres siglos de confrontación entre dos mundos: los mapuches, amerindios que sin poseer una cultura desarrollada tenían un acentuado sentido de la libertad y España, extendiendo su mano hasta los confines del planeta.

Un territorio, la Frontera, con siglos de tradición épica, que asistió al nacimiento de la poesía chilena de la mano de Alonso de Ercilla, Pedro de Oña y Fernández de Toledo, y que siglos más tarde devino en el territorio de su consolidación, de la mano de Neruda, Rojas y Teillier.

Teillier pasó su infancia en la Frontera, y a los dieciocho años viajó a la capital, a Santiago, para vivir y trabajar. Volvería a la aldea en esporádicas visitas reales, y permanentemente, inexorablemente, en su poesía.

3.-

Sin proponérselo, Teillier hizo escuela. Publicó en 1965 «Los poetas de los lares», un ensayo que constaba y pedía una vuelta al paisaje en la nueva poesía chilena, una reintegración en la tierra, y una recuperación de esos sentidos arraigados en las comunidades provincianas, que se habían ido perdiendo y olvidando en la vida santiaguina, y en la poesía que allí se escribía. El ensayo se hizo célebre, y la poesía de Teillier, y de todos los que han seguido su camino, se bautizó como poesía **lárica**.

El lar de Teillier se refiere a la intimidad de la vida aldeana. Etimológicamente, lar conecta con los antiguos dioses paganos del hogar cuya disolución bajo la hegemonía cristiana ha dado paso a una significación de casa: de fuego del hogar.

El poeta lárico busca reintegrarse en el mundo al cual se siente pertenecer y que le pertenece, y espera entrar en comunicación con ritos y costumbres ya en vías de desaparición, en contacto con unos antepasados «que lo acompañan en su tránsito terrestre», pero que provienen sólo del mestizaje del mapuche y el español.

A fines del siglo XIX hay una nueva etapa en la historia de Chile, que será fundamental para el desarrollo de la identidad sociocultural del país: la inmigración de europeos que desde Alemania, Francia, Italia o los Balcanes, inundaron la Frontera de nuevas palabras y costumbres; de distintos matices del **logos** occidental. No es ninguna casualidad que el poeta se llame Teillier, directo descendiente de aquellos hombres que poniendo en práctica elementos del viejo pensamiento utópico de Occidente, cruzaban el mundo en busca de un futuro mejor:

*Mientras dormimos juntos al río
se reúnen nuestros antepasados
y las nubes son sus sombras.*

*Se reúnen los que partiendo de Burdeos o Le Havre
llegaron a la Frontera por caminos recién trazados
mientras sus mujeres daban a luz en las carretas.*

*Se reúnen los que fueron contrabandistas de ganado,
ladrones de tierra, dueños de hoteles o almacenes,
bandoleros, pioneros de hachas y arados.*

*Los que mataron mapuches y aprendieron de los mapuches a beber sangre de corderos recién sacrificados,
y fueron enterrados en lo alto de una colina
mientras los deudos se reunían a tomar aguardiente en el Bajo.*

*Hablaban de su resurrección
los ríos cuyos primeros puentes construyeron,
las herramientas aún guardadas en los galpones,
y los que ahora son partículas de alerce
creen escuchar las campanadas anunciando el primer incendio
del pueblo levantado con tablas sin labrar
en medio del invierno del fin del mundo.*

4.-

Lo que Teillier entendía por poesía lárca no es una vuelta al criollismo, sino una especie de lo que él llamaba «realismo secreto», un ver el mundo como «un depósito de símbolos ocultos», lleno de recuerdos y señales que sobreviven del pasado, y que se revelan de cuando en cuando a la mirada ávida e inquieta del poeta:

*Pues lo que importa no es la luz que encendemos día a día,
sino la que alguna vez apagamos
para guardar la memoria secreta de la luz.
Lo que importa no es la casa de todos los días
sino aquella oculta en un recodo de los sueños.*

*Lo que importa no es el carruaje
sino sus huellas descubiertas por azar en el barro.
Lo que importa no es la lluvia
sino sus recuerdos tras los ventanales del pleno verano.*

La mirada del poeta que descubre las señales del pasado, es también la mirada infantil, la ingenuidad maravillada del niño que trasciende con su imaginación la realidad cotidiana, y que ha nutrido tantos cuentos de hadas, y a escritores como Lewis Carroll, Robert Louis Stevenson, Alain Fournier, cuyas huellas se perciben en muchos momentos de la obra de Teillier.

La infancia universal y literaria es también, en esta poesía, el recuerdo maduro de las percepciones del niño, del mundo concreto de la aldea y los bosques de la Frontera chilena, y el deseo de restaurar la comunidad perdida, la infancia perdida, la mirada perdida:

*Esta noche al niño se le perdonará que duerma tarde.
En la casa los padres están de fiesta.
Pero él abre las ventanas
para ver a los enamorados jinetes
que lo esperan en el bosque
y sabe que su destino
será amar el olor humilde de los senderos nocturnos.*

Teillier habla de «ese paraíso perdido que confusamente el hombre sabe que estuvo alguna vez en la tierra, y cuya última muestra será la infancia». Es un paraíso perdido que el poeta intenta recuperar con la nostalgia de su mirada hacia atrás, y con la vuelta en sueños a la niñez:

*Esta noche duermo bajo un viejo techo,
los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,
y el niño que hay en mí renace en mi sueño,
aspira de nuevo el olor de los muebles de roble,
y mira lleno de miedo hacia la ventana,
pues sabe que ninguna estrella resucita.*

Pero la recuperación del pasado es, casi siempre, una recuperación pasajera -efímera y frustrada- que burla cruelmente las aspiraciones del poeta:

*Esta noche duermo bajo un viejo techo,
los ratones corren sobre él, como hace mucho tiempo,
pero sé que no hay mañanas y no hay cantos de gallos,
abro los ojos, para no ver reseco el árbol de mis sueños,
y bajo él, la muerte que me tiende la mano.*

La búsqueda de la infancia y la mirada infantil, siempre frustradas, es una constante en Teillier, y se vincula estrechamente con su visión neorromántica de la importancia primordial del poeta, por encima de la palabra poética, y de la necesidad del poeta de integrarse, en primer lugar, en el mundo auténtico de los lares, como si la poesía fuera algo que vendría por sí, casi de añadido, después.

5.-
El poeta lárco, integrado como simple hermano de los seres y las cosas, empleará un lenguaje sencillo, casi infantil, que comunique a los lectores su experiencia de un «tiempo de arraigo» y de una autenticidad perdidas en la gran ciudad, por la falta de contacto con la tierra. Es el lenguaje sencillo de un mundo vivido en su perfecta simplicidad, un lenguaje compartido y hablado también por la naturaleza, por las cosas humanas de la comunidad, y hasta por los muertos:

*Para hablar con los muertos
hay que elegir palabras
que ellos reconozcan tan fácilmente
como sus manos
reconocían el pelaje de sus perros en la oscuridad.
Palabras claras y tranquilas
como el agua del torrente domesticada en la copa
o las sillas ordenadas por la madre
después que se han ido los invitados.*

Con este lenguaje sencillo, inextricablemente ligado al mundo del lar, surgirá la comunicación anhelada con los antepasados:

*un día nos responderán
con una hoja de álamo atrapada por un espejo roto,
con una llama de súbito reanimada en la chimenea;
con un regreso oscuro de pájaros.*

El mundo lárco es, para Teillier, un mundo «bien hecho», «el mundo inmemorial de las aldeas y de los campos, en donde siempre se produce la misma segura rotación de siembras y cosechas, de sepultación y resurrección»; es un mundo mítico y universal, que utiliza y trasciende el mundo cotidiano de la aldea provinciana; un mundo que se levanta en oposición a la sociedad norteamericanizada, norteamericanizándose cada vez más, de la capital.

El poeta lárco tiene que ser el guardián y también el creador del mito, y del mundo mágico que existió y no existió en la aldea de su infancia: un nostálgico del paraíso perdido pero también del paraíso por venir, que está (o estaba) por crearse; y un buscador de la Edad de Oro, del tiempo verdadero vislumbrado en ritos y costumbres intemporales:

*Cabe en un solo momento de esta herrumbrosa noche de invierno
un tiempo verdadero
del que sobreviven las semillas del pan y del vino.
Un tiempo como el girar de un trompo en la mano o el girar de las estaciones y los planetas*

*en donde todos tenían su tarea perfecta
y artesanos y comerciantes,
pastores y ladrones,
escribas y sacerdotes,
bebían en paz el vino fraterno al final de la jornada, rodeados de la música de las constelaciones y los árboles,
mientras las mujeres aguardaban junto a niños y frutos dormidos en el hogar, con el fuego y el amor que
no cesan.*

Este tiempo verdadero es un tiempo vislumbrado, pero nunca aprehendido plenamente por el poeta. La aspiración lárca se doblaga irremediamente a la tragedia de la pérdida:

*La madre apaga el fuego de la cocina y lleva a la niña a su
lecho.
El temporal habla a la casa en el lenguaje que olvidamos.
El padre nos acoge, pero no lo reconocemos. (...)
Hemos consumido el fuego y el vino.
Los caminos que van a la Ciudad nos esperan.*

6.-
La poesía lárca es un antídoto a la ciudad deshumanizadora, ve la tecnología como una amenaza que pondrá fin -y que está poniendo fin- al mundo bien hecho de las provincias. Y sin embargo, la tecnología está presente también en el mundo de Teillier. En Neruda, había trenes heroicos que avanzaban como una flecha, portadores del progreso, por los territorios indómitos de la Araucanía; estos trenes ya han perdido su violencia y su sentido épico, se han integrado en el Arauco Domado de Teillier, e imponen el ritmo de su paso diario a la vida de la aldea. Los «trenes de la infancia» del poeta son máquinas casi humanas:

*Te dejaron subir a las locomotoras.
Hay que amar la locomotora como a un gran animal doméstico,
amar sus resoplidos, sus nubes de vapor,
la lluvia de hollín con que te bautiza cada estación.*

Pero el tren no es sólo una parte de la vida aldeana, sino también el vehículo que arrancó al poeta de la aldea, de la infancia y del primer amor, en un momento de escisión y abandono cuyo lastre atravesará toda su poesía:

Vuelvo a 1953, cuando como todo provinciano debí hacer el viaje bautismal de hollín de los trenes de entonces a Santiago, atravesando la noche como en un vientre materno hasta asomarse a la lívida madrugada de la boca amarga de la Estación Central.

*Yo hubiese querido ver de nuevo(..)
tu gesto de despedida
en el andén de la pequeña estación,*

*para no soñar siempre contigo
cuando en la noche de los trenes
mi cara se vuelve hacia esa aldea
que ahogaron las poderosas aguas*

*aún escuchamos el llamado de los rieles
que zumbaban en el mediodía del verano en que abandonamos la aldea*

Pero los buenos tiempos de la aldea de Teillier, y los buenos tiempos de los trenes, llegan a su fin: los trenes se fatigan, hacen seniles maniobras, hasta que al final, en lo que el poeta llama su «último viaje al pueblo natal», se oyen renquear, entre cercos rotos y por rieles oxidados, «los estertores de las postreras locomotoras a vapor».

7.-
El poeta láríco vive en la ciudad por necesidad, «desterrado, sólo para ganarme la vida, sin integrarme en ella, en el repudio hacia ella», sumándose a una legión de muertos en vida y autómatas, a nosotros... :

*nosotros
los desterrados en un lugar en donde nadie conoce el nombre de los árboles,
donde vemos todo próximo amor
como una próxima derrota,
toda mañana
como una carta que nunca abriremos*

*he visto día a día en las ciudades vehículos iluminados como trasatlánticos
llevar rostros fatigados de un matadero a otro*

Pero esta contaminación que el poeta siente en la ciudad, ha llegado también al pueblo, y la oposición maniqueísta que las teorías lárícas establecieron entre el espacio mágico de la aldea y la degradación urbana, se resquebraja:

*Pero ahora el viento ignora quién vuelve a casa.
Por eso grita en estos espacios más fuerte que en las ciudades
en donde muere el noble tiempo en que todos eran pioneros, guerreros o poetas
Que siquiera se oiga en los pueblos,
pero también ha perdido su sentido en los pueblos.
Ya no aparecen las bandadas de choroyes y torcazas que abrumaban los manzanos
silvestres.
No hay pudúes, ni guanacos, ni avestruces y los lobos marinos no se apiñan en las costas.*

Junto con la degradación ecológica, irrumpen en el mundo de Teillier los medios de comunicación masiva, portaestandartes de una modernidad atada al tiempo lineal y al progreso como vector supremo, que se vivirá y se denunciará en esta poesía como una presencia enajenante que destruye la identidad de la aldea y el mundo láríco:

Ahora,
bosques quemados
Tierra
que muestra su desnuda y roja osamenta.

Faltan madera y trigo.
Sobran radios portátiles
y hoy día tenemos televisión.

Esta predicción de los años 60 se ve cumplida, irremediablemente, cuando el poeta vuelve en los 70, en plena dictadura, a su pueblo natal:

Ha llegado la TV.
Los niños ya no juegan en las calles
Sin hacer ruido se sientan en el living para ver a Batman o películas del Far West.
Mis amigos están horas y horas frente a la pantalla.

Pero el repudio de Teillier hacia los medios de comunicación masiva no es total. En los años de su infancia y adolescencia, existía un fenómeno clave en la formación de su mundo poético: el incipiente pero ya sostenido e imparable desarrollo de las comunicaciones que a través de la radio, el cine y la masificación de la prensa escrita en forma de revistas, libros y periódicos, hizo que la remota aldea agraria de la Frontera comenzara ya su particular integración, siempre precaria y amenazante, en la futura aldea global. Por eso, conjuntamente con el paisaje, la aldea y el lar, muchos poemas de Teillier son transitados por actores de cine, héroes infantiles de tebeos y deportistas destacados.

En el deporte, Chile ha podido cotejarse en diversas ocasiones, sin avergonzarse, con los países más poderosos del mundo. Lo dijo el poeta en sus últimos años, ácido en su ironía contra los eufóricos del neoliberalismo pinochetista y post-pinochetista:

(Los chilenos) se creen los ingleses de América, o los jaguares, y no se dan cuenta que son cuatro gatos en América y nadie los toma en cuenta en el mundo, excepto a los poetas, a Neruda y a la Mistral. Y tal vez al «Chino» Ríos y a Zamorano.

En la nota final de uno de sus libros, se recuerda que Teillier «suele apostar con muy mala suerte a la Polla Gol y es partidario de la Universidad de Chile, el Green de Temuco y el Celta de Vigo». Pero la afición más importante del poeta tal vez sea para el boxeo. La pelea en que el héroe Arturo Godoy resistió 15 rounds en pie frente a Joe Louis marcó a toda una generación de chilenos. La imagen del boxeador es una más en toda una corte de poetas y otros seres que recorren la obra de Teillier y que no dejan de darse de bofetadas con la realidad:

Revistas color sepia, programas de matches estelares,
el par de guantes firmados por el Presidente
cuando ganó el Campeonato
colgados junto al retrato de la Difunta

*lo hacen buscar la gloria del Album amarillento
y mientras hierve el agua en el anafe
va recordando la cara del público y sus rivales
a quienes el tiempo les ha contado diez. (..)*

*Todas las tardes regresan sus admiradores
que en la estación se empujan para llevarlo en hombros
a la vuelta de su gira triunfal
y lo dejan en la primavera del césped de pez-castilla
donde -como le prometió a su madre-
sueña que ha esquivado -sin despeinarse- los golpes del olvido.*

8.-
La poesía de Teillier es una poesía ligada entrañablemente al mundo del alcohol. Desde sus primeros libros, el vino, el pipeño y los licores caseros son signos de la armonía del lar y de la fraternidad de una comunidad plenamente integrada en la naturaleza:

*Es bueno saludar los platos y el mantel puestos sobre la mesa,
y ver que en el viejo armario conserva su alegría
el licor de guindas que preparó la abuela*

*Un amigo reparte el pan y el vino. Siempre eso es bueno.
Y es bueno desear que sea eterno.*

El vino sirve para recordar, y así para cumplir la aspiración lárca de recuperar el pasado perdido:

*En el tiempo líquido del bar
los recuerdos son troncos flotantes en el río tras la crecida*

La relación del vino con los recuerdos tiene que ver también con la poesía. El propio Teillier habló de su relación con el alcohol como algo «tan primario como la relación con el alfabeto», y de hecho terminó una poética de 1971 afirmando que «el vino y la poesía en su oscuro silencio dan respuesta a cuanta pregunta se les formule». Por eso, el poeta celebra a otros escritores-bebedores; a Li Tai Po, Esenin, y Dylan Thomas, y saludó también a Antonio Machado, como el «borracho melancólico» que le daba a beber «vino nuevo en odres viejos».

Pero la amistad y los recuerdos que proporciona el vino, pronto se transforman en la desolación del bebedor solitario, cuando el personaje de la poesía de Teillier se ve sumergido y atrapado en las redes del alcoholismo:

*Yo me invito a entrar
a la casa del vino
cuyas puertas siempre abiertas
no sirven para salir*

*Día tras día
en los charcos verticales
de los espejos de los bares
se va perdiendo tu cara
esa hoja caída de un árbol condenado*

El alcohol termina fragmentando violentamente al personaje de la poesía de Teillier, que se convierte en un ser arruinado económica, espiritual y físicamente por su vida en los bares:

*Sólo tengo deudas y despertares de resaca donde hace daño hasta el ruido del alka
seltzer al caer al vaso de agua*

Pero el poeta alcoholizado -el que «gasta sus codos en todos los mesones»- es un «boxeador golpeado» que se niega a traicionar su acometido poético y vivencial contra el mundo degradado que lo rodea, y sigue desafiante en la defensa de la forma de vida suya y de sus amigos. Su epitafio a uno de ellos es intransigente:

*Aquí yace con mi infancia Samuel Donoso
cuyo nombre pre escrito por el vino.
Fue un rondador de tabernas
hasta que al final cayó en las cunetas. (..)
Tú, que lo conociste, si lees estas líneas,
ve a beber en su nombre.*

Poéticamente, el alcohol deja huellas ambivalentes en la poesía de Teillier. Suscitador de algunas de las emociones y evocaciones más lúcidas de la poesía lárca, conduce también a la desintegración del poeta, y de su obra, más escasa y más irregular en los últimos años, y presa de una sequía poética que lo atormentaba.

9.-

El mundo lárca anhelado por el poeta, que abandona la aldea para siempre cuando emigra a la gran ciudad, es un espejismo. Volver al pasado y recuperar la infancia son búsquedas imposibles. Hay, además, otro factor muy concreto que aniquila hasta la ilusión del regreso. La definitiva ruptura del lar y su calidez protectora viene dada, quizás, por la descomposición social que sufre el país, a partir de 1973, con la instauración de la dictadura militar:

Mi padre fue condenado a muerte gratuitamente. El golpe significó para mi nunca más vuelta a Lautaro, nunca más casa natal, nunca más red de protección, nunca más universidad como era antes.

El padre de Teillier logró escapar y se exilió con su madre en Suecia. Fueron también al exilio los dos hijos del poeta, y hasta 18 miembros de la familia. Su obra se llena de violencia:

Cuchillos y tijeras trabajan todo el día en tu corazón:

Mi sueño está surcado de ráfagas de metralla

*Las hechiceras remueven en sus calderos
la sangre de sus víctimas que beben friolentas porque ningún sol cantará en sus oídos
Mí hijo Sebastián me escribe que en Transilvania
sueña que el Conde Drácula le muestra
cabezas de decapitados
como los girasoles
marchitos en los abandonados patios de
los desterrados de la Frontera.*

El poeta vive bajo la represión feroz del régimen militar, sufre -con amargura, con ironía- la mordaza brutal de la censura:

*Aprende a portarte bien
en un país donde la delación será una virtud.
Aprende a viajar en globo
y lanza por la borda todo tu lastre:
los discos de Joan Baez, Bob Dylan, los Quilapayún (..)
quema la autobiografía de Trotski o la de Freud
o los 20 Poemas de Amor en edición firmada y numerada por el autor.*

*Qué hermoso es el tiempo de la austeridad
Las esposas cantan felices
mientras zurcen el terno único
del marido cesante*

10.-

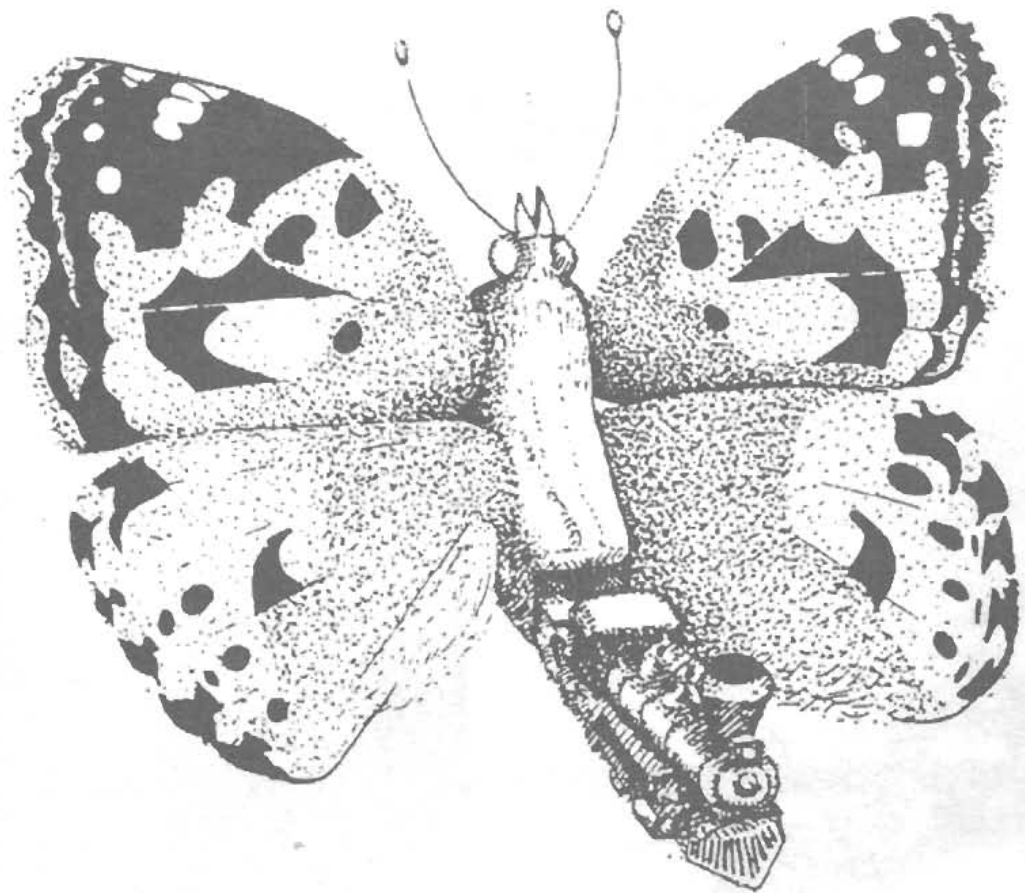
La poesía de Jorge Teillier, que quisiera sujetarse a la circularidad de un eterno retorno a los lares perdidos, pierde el rumbo de su destino, sucumbe a los embates del tiempo, de la invasión tecnológica, de la violencia de la historia, y del alcoholismo.

La pérdida del mundo lárlico ahonda en el quiebre vital del poeta, dotando a su vida de una condición frágil, a la deriva, de permanente ebriedad etílica a pesar de lo cual siguió escribiendo a su lar y a su Frontera.

El decurso de la obra de Teillier debe leerse quizás, en clave trágica, como la némesis que castiga, fatalmente, la **hubris** del pensamiento utópico que fundamenta las aspiraciones lárlicas en su negación de las aberraciones del mundo moderno.

La poesía de Teillier es la crónica estremecedora de una resistencia noble, como lo fue también la resistencia de su padre contra la injusticia, un hombre cuya esperanza fue sencilla, honesta y -en palabras de su hijo- «hermosa / como ciruelos florecidos para siempre / a orillas de un camino».

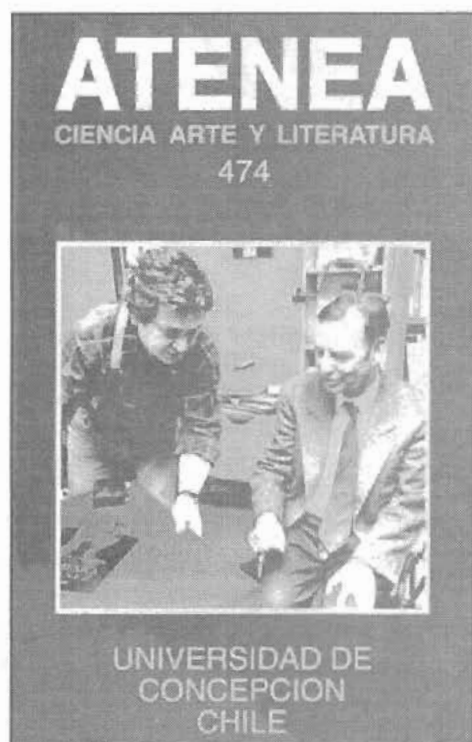
Este texto fue leído a cuatro voces por Niall Binns, Andrés Fisher, Juan Carlos Mestre y Gonzalo Santelices en un homenaje a Jorge Teillier celebrado en el Ateneo de Madrid el 18 de diciembre de 1996. Participaron también en el acto Fernando Beltrán, Antonia Castaño, Nacho Fernández, Guadalupe Grande, Pablo Méndez, José María Parreño, Benito del Pliego, Jorge Riechmann y Juan Cobos Wilkins.



Taken near ... in trees to ...

CUADERNOS ATENEA

Dirigida por Mario Rodríguez



EN PRENSA:

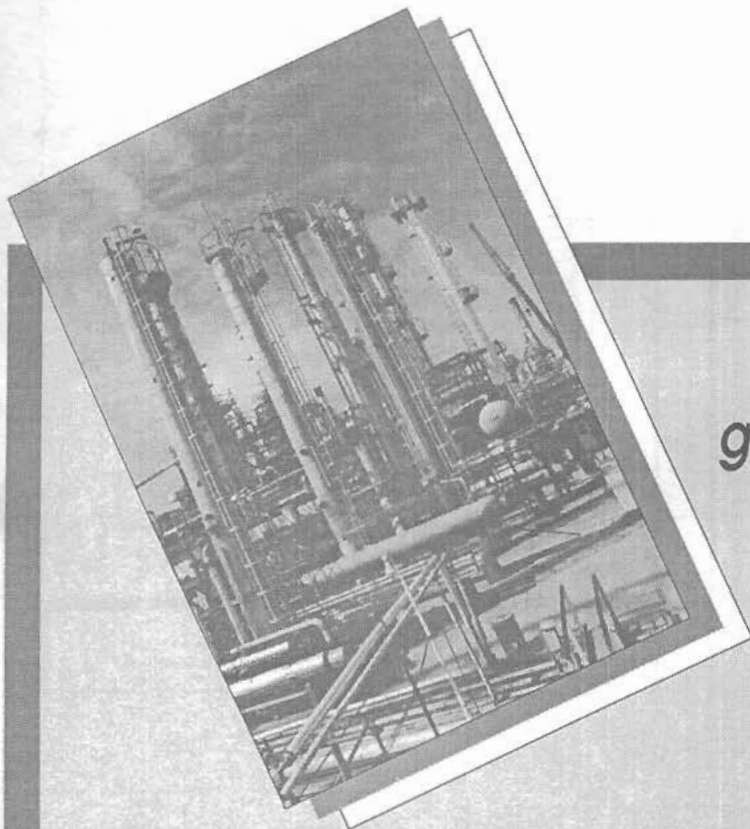
- * *HISTORIA Y TEXTO POETICO : La Poesía de Antonio Cisneros, José Emilio Pacheco y Enrique Lihn / María Luisa Fischer*
- * *COMEDIAS / Italo Svevo (Trad. de Elvira Dolores Maison)*

DISTRIBUCION: Librería y Editorial ALAS
Ongolmo 139 - Concepción - Chile
Fax: 56 - 41 - 233 778

TRILCE

También en estas Librerías

PLATERO	: <i>Bandera 521 - L. 33 - Santiago</i>
CRISIS	: <i>Av. Pedro Montt 2871 - Valparaíso</i>
ARAUCARIA	: <i>Andrés Bello 830 - Temuco</i>
CIMARRON	: <i>Galería Universitaria - Concepción</i>
DIRPLE	: <i>Gurruchaga 442 - C.P. 1414 Bs. Aires Argentina - T.: 8556762 - 8557638</i>
VISOR LIBROS	: <i>Isaac Peral 18 - T.: 5436134 - 5492655 Cod. 28015 - Madrid</i>



*Día a Día,
generamos más energía
para Chile*

PETROX
PETROX S.A.
REFINERÍA DE PETROLEO

TALCAHUANO - CHILE

PARA ANGELES
Y GORRIONES

por

Jorge Teillier

*

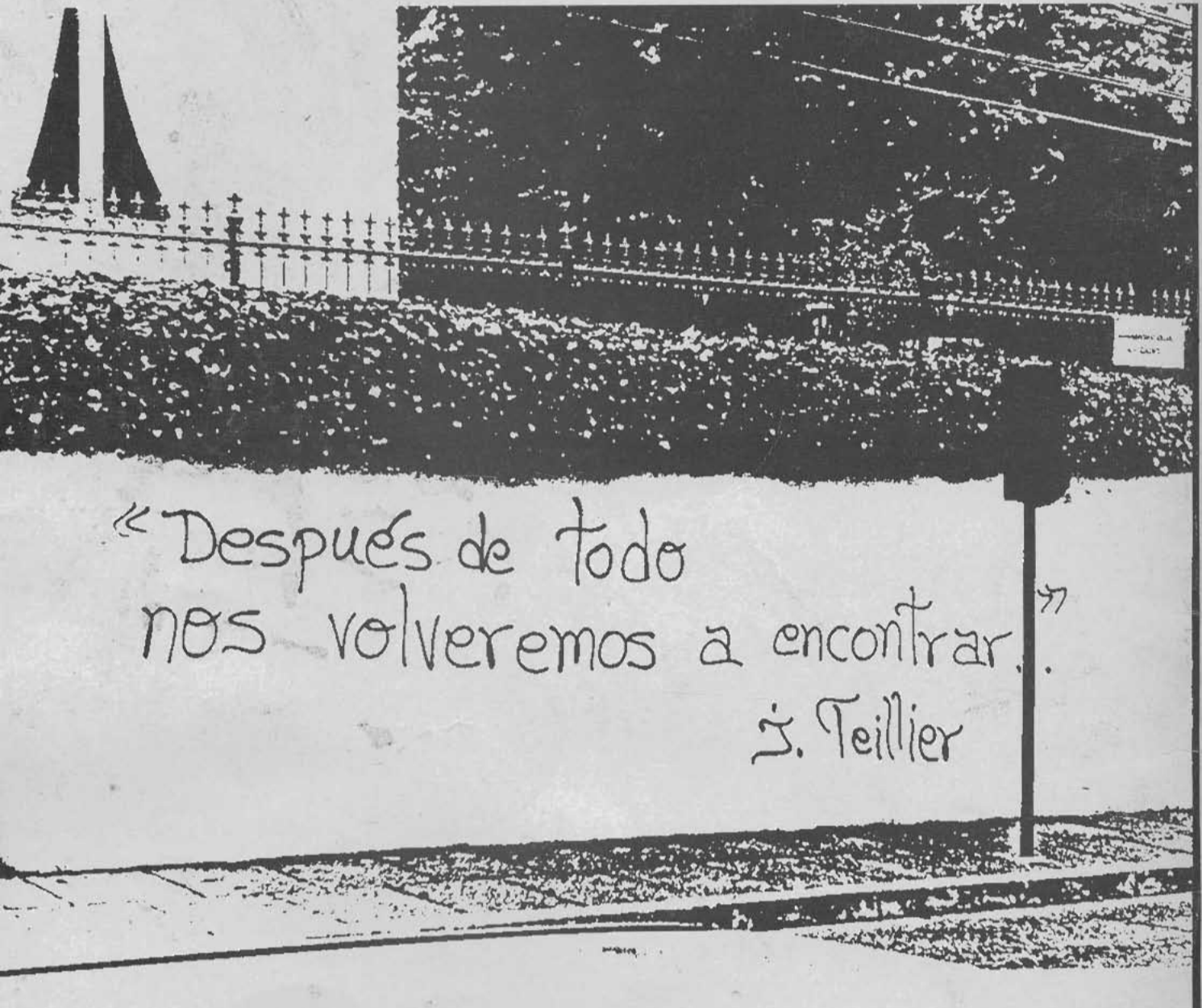
ediciones "puelche"

JORGE TEILLIER

HOTEL NUBE



lar



« Después de todo
nos volveremos a encontrar. »
J. Teillier

« Texto en un Muro de Valdivia »